

Madrid 12 rs. el trimestre.
Redaccion, calle del Espejo, número 17,
cuarto principal.
Provincias 15 rs. el trimestre.
En casa de los comisionados ó mediante
libranzas.

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en
la Biblioteca de Medicina y Museo cien-
tífico, con la rebaja de un 10 por 100 de
sus precios.

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

RÉSUMEN.

MADRID. Reflexiones críticas al discurso de apertura de la Academia de Medicina y Cirujía de Castilla la Nueva por el Sr. Dr. don Pedro Mata.—Ligeras consideraciones acerca de las aguas minero-medicinales de Solan de Cabras.—Cartas al Dr. Mata sobre su crítica de mi crítica del *Tratado de la Razon humana*.—Refutacion al discurso del Sr. Mata.—LITERATURA MÉDICA. Examen crítico del opúsculo recientemente publicado por el Dr. D. Aureliano Maestre de San Juan, sobre la accion que ejerce el cloroformo por la vía gástrica en el tratamiento de las fiebres intermitentes.—ESTUDIOS CLÍNICOS. Tisis laringea curada por los saludables esfuerzos de la naturaleza.—PRENSA MÉDICA. OBSTETRICIA. Palanca: del uso de este instrumento en el arte de los partos.—DERMATOLOGÍA. Eczema de las manos: pomada contra esta enfermedad.—FORMULARIO.—PARTE OFICIAL. SANIDAD MILITAR. Reales órdenes.—REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Sesión del 16 de junio de 1859.—Presidencia del Sr. Leganés.—MONTE-PIÓ FACULTATIVO. Junta directiva. Circular á las juntas delegadas.—Secretaría general. Aviso á los socios.—VARIEDADES. Academia de medicina de Madrid.—Dos palabras sobre médicos forenses.—El Dr. Mata y la *Revista médica*.—PUERTO-RICO. Un paseo por esta isla.—Cumplimiento de una oferta.—CRÓNICA.—VACANTES.—SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.—CORRESPONDENCIA.—FOLLETIN. Apuntes sobre el último viaje del Dr. Gonzalez Velasco.

ADVERTENCIAS.

Los señores suscritores cuyo abono concluye en fin del presente mes, se servirán renovar oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números, expresando en letra clara é inteligible, así el nombre, como la residencia y direccion que deba darse. Los que se trasladen de domicilio deberán designar el punto en que antes residían.

A los señores suscritores de Madrid se les llevará el recibo á sus casas.

Con motivo de la dificultad que á veces se presenta para encontrar giros sobre algunos puntos por cantidades insignificantes, suplicamos á nuestros compañeros se sirvan satisfacer la suscripcion por cualquiera de los siguientes medios:

1.º En uno de los puntos de esta corte donde se admiten suscripciones, ó bien en la Redaccion ó en la Imprenta de este periódico.

2.º Por sellos de franqueo de la correspondencia.

3.º Por libranzas del giro mútuo de Hacienda, á favor de D. S. ESCOLAR.

Este último medio de librar ofrece utilidad suma, por cuanto se halla en todas las cabezas de partido.

4.º Por los comisionados de las provincias.

5.º En fin, por medio de abonarés.

FOLLETIN.

Apuntes sobre el último viaje del Dr. GONZALEZ VELASCO (1).

De Roma pasé á Nápoles, una de las ciudades más notables de Europa; objeto de admiracion y estudio para todos los hombres de saber, á donde acuden constantemente multitud de viajeros de todas las partes del globo, en busca de recuerdos históricos de gran importancia para las ciencias y las artes. En ella encuentran preciosos materiales para escribir algunos volúmenes el historiador, el anticuario, el arqueólogo y el político. Su feracísima campiña, su encantadora situacion, el hermoso y tranquilo mar, las montañas y colinas volcánicas, el terrible Vesubio, los restos de las arrasadas ciudades de Pompeya, Herculano y Estabia, son objetos muy á propósito para ocupar la imaginacion del hombre pensador, que desea consultar los restos de las civilizaciones egipcia, fenicia, griega y romana.

Ya en mi viaje de 1836 me ocupé de los museos de anatomía del hospital, y del que con tanto celo y entusiasmo fundó y dirige el célebre naturalista Delechiage, como igualmente de la clínica modelo del sabio doctor Pascual Mantré, á quien he tenido el honor de saludar segunda vez; y ahora voy á ocuparme de los establecimientos de niños expósitos y de las prisiones.

La casa de niños expósitos de Nápoles es el primer establecimiento de esta clase en Europa por su estension, capacidad, distribucion y administracion; es conocida con el nombre de la *Anunista* y está bajo la

(1) Véase el número 284.

Además, si hubiere algun profesor que no pudiese de pronto realizar la suscripcion por cualquiera de los medios indicados, bastará que haga el pedido por carta para que sin tardanza le consideremos como suscriptor, remitiéndole los correspondientes números.

Las cartas que traigan sellos de franqueo, á fin de evitar extravío, han de certificarse y franquearse; único medio para evitar semejantes faltas.

Habiéndonos sido inutilizados, como falsos, varios sellos de franqueo de los recibidos en pago de suscripciones, advertimos á nuestros constantes y apreciables suscritores: 1.º, que hagan, siempre que puedan, el pago por otro medio cualquiera de los que tenemos indicados; y 2.º, que procuren cerciorarse de la legitimidad de los sellos que al efecto adquieran, cuando no les sea posible remitir de otra suerte el importe de sus abonos.

Para regularizar las operaciones de la administracion, no se enviarán más números que hasta el día en que termine cada abono, esceptuando á los profesores que ya tienen dado aviso con anticipacion para que no se les deje de considerar como suscritores indefinidos; y advirtiéndole que la suscripcion principia á contarse desde 1.º de mes, nunca desde mediados.

Quedándonos algunas, aunque pocas, colecciones de EL SIGLO MÉDICO, se advierte que están de venta en la Redaccion, calle del Espejo, núm. 17, oto. principal, á razon de 40 rs. tomo en Madrid, y por el correo franco de porte 50 para las provincias, 70 para el extranjero, 80 para Ultramar y 100 para Filipinas, remitiendo directamente su importe al Director-Administrador.

La Redaccion está abierta todos los días, escepto los feriados, desde las nueve á la una.

Sucediendo muy á menudo que algunos compañeros nos piden la insercion en las columnas de EL SIGLO MÉDICO de escritos publicados en otros periódicos, les advertimos que por punto general, no daremos cabida á los que sean ya conocidos del público. Los que gusten aprovechar para sus producciones la gran publicidad que, así en la Península como en nuestras posesiones ultramarinas y en el extranjero, tiene nuestro periódico, dirijanse á él esclusiva ó á lo menos primeramente que á los otros.

El Srío. de la Redaccion, R. SANFRUTOS.

direccion del sabio y simpático Dr. Finicio. Caben cómodamente en él 3.000 niños, aunque lo regular es que en todo el año ingresen 2.200. Ciento veinticinco amas robustas, y en general jóvenes, están destinadas á la lactancia de los niños del establecimiento; cada una cria tres, y está al pié de la cama, teniendo la suya detrás de la de las criaturas.

Las camas de los niños son de hierro, construidas con arreglo al modelo dado por Finicio; están cubiertas por una red de malla ó gasa, y cada una tiene suficiente capacidad para tres criaturas. Los salones donde se hallan colocadas son anchos y altos, perfectamente ventilados y esmeradisimamente limpios. Cada niño expósito tiene al cuello un cordón amarillo del cual pende una chapita de plomo, donde consta el número y el año con que es registrado en el libro de la casa. Se han empleado diversos modos de lactar con arreglo á los conocimientos actuales, y ha habido que renunciar á la lactancia artificial y adoptar la de la nodriza. La mortandad es generalmente debida al marasmo. En este establecimiento se aprende á conocer, por el llanto, lo que atormenta á las criaturas, ya sea el hambre, bien las dolencias ó el querer dormir, etc., etc., distinguiéndose perfectamente lo que la criatura espresa, acerca de lo cual se ocupa mucho el Dr. Finicio.

Las amas están muy bien atendidas: el alimento es abundante y de excelente calidad, acompañado de un gran vaso de buen vino, con excelente pan. El salario de cada ama, es el de 30 rs. al mes. Para los adultos hay enseñanzas de todas clases, y las niñas reciben una educacion especial para que á su tiempo puedan ser buenas madres y sepan gobernar una casa. Se las enseña á bordar, hasta en oro, hacer tules, y cuantas labores puede saber una señorita bien educada. Tienen salas para trabajar, de mucha capacidad, lo mismo que

REFLEXIONES CRÍTICAS

al discurso de apertura de la Academia de Medicina y Cirujía de Castilla la Nueva por el Sr. Dr. DON PEDRO MATA (1).

Mucho á la verdad se discutiera contra estos fundamentos de la doctrina hipocrática; pero todos los tiros de la dialéctica más pujante no han logrado siquiera conmoverlos: semejantes á rocas en medio del embravecido océano, cuyas formidables olas se deshacen contra ellas en sutil espuma, aquellos, asentados en la naturaleza humana, han reducido á inocente declamacion ó á inofensivas argucias los más fuertes argumentos del ingenio. Así es, que por más que se cierran los ojos á la evidencia de los hechos y á la luz de la razon, se han de reconocer verdaderos y legítimos los siguientes términos de los problemas biológico-patológicos:

1.º En el cuerpo humano hay algo más que órganos y funciones, y este algo más, es el móvil de la existencia, la causa de la vida, la fuerza que preside al desarrollo de los órganos, la que mantiene el equilibrio de sus moléculas en combinaciones especiales; en fin, el arqueo de Vanhelmont, el alma de Sthal, el principio vital de Barthez, la actividad orgánica de los organicistas, la naturaleza de Hipócrates.

2.º Esta fuerza, denominese como se quiera, si desconocida en su esencia, se manifiesta por fenómenos constantes que forman los atributos de la materia viviente. La sensibilidad, la contractibilidad, la caloricidad, espresarán siempre la vida, ora se las considere como independientes de los órganos, ora como subordinadas á ellos, ya cual propiedades, ya como funciones, ya se admitan todas, ya alguna exclusivamente.

3.º La accion conservadora de esta fuerza se espresa, resistiendo á todos los agentes que tratan de perturbar el equilibrio del organismo, como resisten á la disgregacion por su afinidad electiva, las moléculas de la materia inorgánica; resis-

(1) Véase el número anterior.

los dormitorios, espaciosos y limpios, con camas lo más esmeradamente puestas que puede imaginarse. Hay una seccion aparte en el establecimiento, que es el noviciado de hermanas de la caridad, donde ingresa la que tiene vocacion, siendo muchas las que entran para salir despues á cuidar y educar á los expósitos. Además de la capillita de bautizar, tienen su iglesia correspondiente.

Los comedores son sumamente limpios; los de los expósitos constan de tres salones, uno que se llama de *recompensas*, donde comen más y mejor los que se han distinguido en sus trabajos, labores, etc., etc. Dentro de la casa tienen el horno de pan. La cocina es excelente y tiene una máquina para subir las viandas á los diferentes pisos.

Es notable el sitio por donde se reciben las criaturas: es un agujero cuadrado de unas 6 pulgadas de ancho por 6 ó 7 de alto, poco más ó menos, formado por largueros de mármol. Tiene estas cortas dimensiones, para impedir que puedan ser depositados en la Inclusa niños ó sujetos de cierta edad.

Detrás hay un torno chato de poca altura donde es colocada la criatura expósito. Dos amas y una hermana están de guardia de noche, y una hermana y una ama de día en una habitacion inmediata. Al lado está la capillita donde se bautiza al que no lo está, y por una escalera es conducida la criatura á la oficina de registros, donde hay un delegado del Gobierno encargado de registrarla en el gran libro, ponerla al cuello el cordón y medalla ya dicha, y depositar las contraseñas que los interesados han puesto á las criaturas. En esta casa he visto un niño á quien falta todo un miembro torácico, que creo sea el izquierdo.

En Nápoles se practica, y está admitido, el parto prematuro artificial, lo que me ha llamado mucho la

tencia ciega, pero inteligente en sus manifestaciones, que se ostenta en las enfermedades agudas por reacciones orgánicas parciales ó generales que, en gran número de casos, restablecen la armonía funcional, el estado de salud. Tal es la naturaleza medicatriz del padre de la medicina.

4.º Durante esas reacciones de los males agudos, se observan cambios notables físico-químicos en los humores escretados; ya pertenezcan ó nó á los órganos enfermos; modificaciones que, distinguiéndose en el primer período del mal por su acritud y tenuidad, y en el segundo por caracteres opuestos, podrán explicarse como más racional parezcan; pero nunca será impropia ó ridícula la palabra *coccion* usada por Hipócrates.

5.º Es un hecho casi constante, que á la terminación favorable de las enfermedades agudas acompañan abundantes escreciones de orinas, sudor, moco ú otras manifestaciones humorales, siendo lógico referirlas al trabajo eliminador de la economía que, en virtud á la fuerza de resistencia que la anima, pugna por recobrar sus anteriores condiciones anatómico-fisiológicas. Véase el juicio ó crisis de la naturaleza humana enferma, en gran número de casos que se conturban sus leyes.

6.º Es innegable que todas las perturbaciones orgánicas y humorales del orden agudo, tienen un curso regular y marcada tendencia á terminar en días fijos ó en épocas constantes, como los demás fenómenos de la naturaleza viviente, del reino inorgánico, de la creación entera. Los días críticos, basados en la observación más severa é imparcial, revelarán siempre uno de tantos fenómenos sometidos á las misteriosas leyes del tiempo y del espacio, que no solamente subordinan á su imperio el mundo material, sino también el moral y el de las inteligencias. Su mordaz crítica podrá disimularse á un médico sistemático, pero jamás al que se precia de filósofo ó práctico imparcial.

7.º Es también cuestión de hechos y demostrada hasta la última evidencia, que la gran mayoría de las enfermedades reclaman modificadores contrarios á su naturaleza íntima, siendo el único principio salvado de los embates de los sistemas y acatado por todos, excepción hecha del doctrinarismo hanhemaniiano, que juzgaran ya suficientemente la razón y experiencia.

Hé aquí lo que estas dicen constantemente al observador ilustrado, al tenor de los fundamentos del hipocratismo, cuando interroga las leyes biológicas de la humana organización en estado normal ó morboso, y la razón de que cuantos autores se levantaron contra ellos, hayan caído en contradicciones absurdas y acabado por acatarlos con interpretaciones favorables á sus ideas. En Mr. Broussais tenemos un ejemplo nada rehusable de esta aseveración.

Este génio reformador, que intentó en vano

atención. He visto el instrumento, y lo he comprado, con el cual se practica la dilatación del cuello uterino para promover las contracciones de la matriz. El doctor Finicio ha tenido la bondad de mostrarme las ventajas modificaciones que ha introducido en el cefalotribo; la ingeniosa invención de unas tijeras que reemplazan con ventaja á las de Smellie, y la cubeta de Dubois, cuyos instrumentos son utilísimos en los partos artificiales. El Dr. Finicio es el tocólogo de Nápoles.

Cárceles de Nápoles—En todos los países cultos han llamado y llama la atención de los hombres de Estado, los sistemas de corrección que deben adoptarse para disminuir la criminalidad y moralizar á los detenidos en los establecimientos penitenciarios. Los médicos son sin disputa los que más han trabajado y continúan trabajando sobre este punto, ya mejorando la higiene de dichos establecimientos, ya aconsejando medidas oportunas acerca de las mejoras que deben introducirse en armonía con el progreso moral é intelectual de las sociedades modernas.

Dos son las principales cárceles de Nápoles: una que se conoce con el nombre de *Vicaría* que es la mayor, y otra denominada prisiones de San Francisco. De esta diré dos palabras.

Queriendo S. M. el rey D. Fernando II mejorar el estado de los detenidos en las prisiones, moralizándolos al propio tiempo, creyó conveniente se encargara de la dirección de las cárceles una comunidad de las muchas que hay en Nápoles. Se hizo la propuesta, y solo los jesuitas se atrevieron á acometer la empresa, dando principio en el año de 1831.

Sacaron de la Vicaría un número de presos que trasladaron á San Francisco, y hoy no puede decirse que este sitio sea una cárcel, sino un magnífico establecimiento donde se han reunido muchos artesanos, sastres, ma-

pulverizar el ídolo de Coos con el mágico poder de su elocuencia y las sutilezas de una lógica flexible; que sostuvo que la ciencia no debía pasar más allá de los linderos de la observación; que se declaró contra todo *autoeratismo*, y que hizo el gran descubrimiento de la *ontología* médica, caracterizando de ontólogos, tanto á brownianos como á vitalistas, á mecánicos como á humoristas, admite en fisiología una fuerza vital que se ocupa de la química viviente y una sola propiedad vital producto de esta, la contractilidad, que á su vez da origen á la sensibilidad, fenómeno inmaterial; y en patología, la dicotomía de la irritación y abirritación ó debilidad, y las crisis, consecuencia de los viajes y saltos que dá en la economía el primer estado morboso, ya dirigiéndose del interior al exterior, ó de la periferia al centro.

Aceptando, en principio, el célebre profesor de Val-de-Grace las ideas que se propuso combatir, aunque revistiéndolas de nuevas formas, nada tiene de extraño que se espese frecuentemente con las mismas palabras del padre de la medicina. Así es, que en el examen de las doctrinas médicas se lee esta proposición (262): «Siempre es peligroso no contener una inflamación en su principio, porque las crisis son esfuerzos violentos, y muchas veces peligrosos, de que se vale la naturaleza, para libertar á la economía de un gran riesgo.» En la primera parte de su fisiología se consignan estos pensamientos: «La naturaleza se venga de los obstáculos que le oponen las facultades intelectuales (p. 340);» y más adelante (p. 344): «que si falta el sueño, una multitud de males á cual más graves no tardan en vengar la naturaleza ultrajada.» Ultimamente, en el tomo IV de los *Anales, anuncios bibliográficos* (p. 9), se halla este importante pasaje: «que un veneno penetre por la absorción cutánea, por la de la mucosa pulmonal ó por la vía de la inyección en las venas, la naturaleza trabaja inmediatamente para su eliminación, á menos que no sucumba por efecto de su virulencia, antes de haber podido desplegar sus esfuerzos conservadores.»

Creemos se nos dispensará, que respetuosamente hayamos levantado una punta del sudario al ilustre autor de las *Flegmasias crónicas*, con el objeto de corroborar, que las verdades prácticas no pueden aniquilarse por el poder de la dialéctica ni la fuerza del talento, y que estando en la naturaleza el estilo figura lo, los que le proscriben no pueden menos de usarle, porque es imposible variar la esencia del ingenio humano. La acusación perpétua de ontologismo dirigida contra las doctrinas hipocráticas es, además de una declamación pueril, un artificio indigno de la ciencia.

Probado hasta la evidencia de que, en sentido absoluto, no hay falsedad, error ni ridiculez en

quinistas, carpinteros, zapateros, etc., etc.; hombres todos útiles á la sociedad, que viven comunalmente y en la mayor armonía.

Se ha dado el caso de salir los presos á una rogativa pública, sin guardia militar ni custodia alguna, no faltando ninguno á la hora de volver á la cárcel, contra todos los presentimientos del jefe de la policía de Nápoles. Actualmente hay en esta prisión 500 detenidos, y solo dos jesuitas tienen á su cargo este edificio: el Padre Uticottinelli Anisano, y el Padre José Planas, catalán, joven que parece ha nacido para organizar esta clase de establecimientos. No existen cadenas, grillos ni calabozos, que para vergüenza de las generaciones que nos han precedido, se conservan aun por desgracia en muchos establecimientos penales de Europa. El Padre Planas es el talismán de esta cárcel que, querido entrañablemente, no conoce ningún medio violento para la obediencia, sumisión y orden que se observa en toda la casa.

Al visitarla se observan la compostura, los hábitos y las maneras de una buena educación en personas que, en su mayor parte, corresponden á la baja esfera de la sociedad.

La organización del trabajo, el sistema de recompensas, la inculcación de las buenas máximas morales, con el buen ejemplo; hé aquí todo el secreto, unido á la buena administración legal, ejecutiva y racional. El único castigo que allí se impone, es el de no trabajar; y admira el ver cómo piden por Dios los castigados les perdonen y los lleven á su sección á trabajar con sus compañeros.

He visto una exposición de los productos del trabajo, digna y notable por la diversidad, utilidad, gusto y baturra de los objetos y efectos espuestos. Entre ellos había telas lindísimas de varias clases, encuadernacio-

las hipótesis, teorías y sistema hipocráticos; muy al contrario, que este contiene la sólida base en que descansa la certidumbre médica; que, por tal concepto, las obras del padre de la medicina son dignas de ser consultadas y de tenerse en grande estimación por los médicos ilustrados; veamos si, bajo el punto de vista de la enseñanza clínica moderna, ofrecen algún interés, son merecedoras de alguna atención.

Ya lo hemos dicho y lo volvemos á repetir: no somos ciegos admiradores de Hipócrates. Distamos mucho de creer que en sus escritos se encierran todos los cánones de la ciencia, ni que todas sus observaciones sean la expresión genuina de la verdad. Empero abrigamos la íntima convicción, que echó los fundamentos del arte, que abrió el camino á sus progresos legítimos, dotándole del método de la observación filosófica, y que, fijándose particularmente en la interpretación pronóstica de los fenómenos morbosos, le elevó al más alto grado de gloria que le fué dable alcanzar en su tiempo. Más aun: que sin la rica herencia de la escuela de Coos, no hubiera existido la célebre de Alejandría, ni figurado Celio Aureliano, Aretio, Celso, Galeno, Oribasio, Aecio, Alejandro de Tralles, continuadores é intérpretes más ó menos fieles de la doctrina hipocrática hasta la caída del Imperio romano de Occidente; y que los grandes y sucesivos adelantos médicos, á partir del siglo XVII hasta la época actual, se hubieran limitado á estrecha órbita sin las restauraciones más ó menos perfectas de la medicina griega por las escuelas de Córdoba, Salerno, Montpellier y París en los siglos VIII, XI y XII, el concurso poderoso del arte divino de la imprenta y el método experimental, segunda vez inventado y fecundado por el génio del ilustre lord de Verulamio.

Estas consideraciones justificarían sobradamente el respeto y homenaje que siempre se les tributará á los escritores de tan alta antigüedad, si otras más elevadas no pesasen en favor del más antiguo, del fundador de la ciencia, como ya hemos demostrado.

La medicina moderna, justamente enorgullecida con sus grandes triunfos y brillantes conquistas, trata vanamente de romper los tan estrechos vínculos históricos que con la antigua, su madre legítima, le unen, y á partir del siglo XVII, comienza á fijarse toda la atención de los observadores en el diagnóstico local de las enfermedades, basado en las relaciones de sus síntomas con el estado orgánico-patológico; graduándose progresivamente esta tendencia hasta absorber á aquella por completo.

En la época presente, el diagnóstico forma el carácter esclusivo de la ciencia, la domina por completo. Nacido este esclusivismo del método experimental exagerado, la razón se ha sacrificado en aras de la experiencia. La parte estructu-

nes muy bien ejecutadas, objetos de plata muy bien trabajados, y órganos armónicos admirables. José de B., siciliano, ha construido uno de muy buenas voces y afinación, no teniendo más dimensiones que una cómoda ordinaria, á pesar de contener hasta los fuelles que maneja el mismo organista con los pies. Hay otro no menos notable hecho por Vicencio Pedrucci, napolitano.

El producto del trabajo es en su mayor parte para los presos lo mismo que el de las rifas, que son muy frecuentes. Los dormitorios están muy limpios. Hay un departamento de sarnosos con una excelente enfermería donde van los enfermos de las otras prisiones, con varios facultativos para el servicio.

Hay dos magníficas cocinas con sus despensas, una para enfermos y otra para los sanos: los comestibles son excelentes, abundantes; tienen muy buenas aguas; los enfermos tienen hasta ración de gallina, naranjas de postre, etc., etc., según su estado. La capilla y sacristía están inmediatas á la enfermería: hay otra iglesia para los sanos, donde confiesan y hacen los demás ejercicios espirituales.

A la espalda de San Francisco hay una gran plaza donde se verifican las ejecuciones de horca y guillotina. Es tal el resultado de la moralización, que muchos al cumplir su arresto y condenas se quedan en la cárcel de jefes de sección de ciertos trabajos, como ha sucedido con el organista Pedrucci ya citado.

Aquí terminaron mis observaciones en este viaje para volver al seno de mi familia, deteniéndome al paso en Florencia, Génova y París, de cuyas capitales me he ocupado ya en otros apuntes.

Pedro Gonzalez Velasco.

ral, la molécula orgánica, el glóbulo humoral, los principios químicos, el reactivo, el microscopio, el estetoscopio y la medida, el fenómeno, el hecho, en fin, lo es todo. Pero preguntamos: ¿y la ideología de este, y sus relaciones, y el pronóstico? Doloroso es decirlo: nos hemos quedado muy atrás de los antiguos.

Entretanto, pues, un talento elevado no obligue a la ciencia a entrar en la única senda que la naturaleza y el genio de su fundador le han trazado, es decir, que se confunda en uno el método antiguo y el nuevo, juzgamos altamente útil y provechosa a la enseñanza clínica la exposición razonada de los aforismos y pronósticos de Hipócrates; a fin de que penetre en el espíritu del joven práctico la savia sintética que en tan sublimes máximas se encierran, y sea de este modo más fructífero el diagnóstico fundado con los poderosos elementos de investigación que posee la medicina de nuestros días.

Al espesarnos así, no se crea que tratamos con desden el método experimental, ni de rebajar la importancia de los descubrimientos modernos; todo menos que eso. Partidarios fieles de aquel, cuando el raciocinio le ilustra y guía, y entusiasmas de estos, cuando son hijos de la observación filosófica, como constantemente lo hemos demostrado en la prensa, en la cátedra y a la cabecera de los enfermos en la clínica de nuestro cargo; al impugnar la doctrina anti-hipocrática del discurso académico nos impulsa solamente la convicción de que, divorciados los modernos de la antigüedad médica, rotos los lazos históricos de la ciencia, esta se extravía y esteriliza los fecundos elementos de progreso que aglomerará en su seno la serie de los siglos; mientras que, siguiendo los pasos del venerable isleño y los que imprimen los adelantos de las ciencias físico-matemáticas y naturales, caminará lenta pero seguramente en la vía de su perfeccionamiento.

Resumamos: Hipócrates, histórica, filosófica y científicamente considerado, es el fundador de la medicina racional.

Levantó tan majestuoso y colosal edificio a impulsos de su genio eminentemente práctico y reformador, de su método *a posteriori* y de su vasta y razonada experiencia, sirviéndole de materiales el gran caudal de hechos que la tradición popular, la práctica de los Asclepiones y Gimnasios y la de los médicos periodontas contemporáneos habian amontonado.

No le juzgamos infalible, ni que lo viese ni observase todo; pero lo que vió y observó por sí, y lo que tomó de sus predecesores y coetáneos, es en lo general la expresión genuina de la verdad, por haberlo depurado en el crisol de la experiencia filosófica.

No fué Hipócrates forjador de hipótesis, teorías y sistemas; explicó, razonó y sistematizó *a posteriori*.

Sus hipótesis y teorías, aunque inadmisibles en la época actual, no son absurdas sino racionales a la suya respectiva.

Su sistema reducido a seis principios fundamentales, naturaleza medicatriz, calido innato, coacción, crisis, días críticos y *contraria contrariis curantur*, no es ridiculo; forma si una doctrina tan sólida en su esencia, que ha resistido y resistirá incólume el poder destructor del tiempo, la lógica de los sistemáticos y el desprecio de los empíricos.

Sus obras, en fin, no son el Talmud ni el Corán médicos; no encierran toda la ciencia, ni menos le trazan un círculo de hierro o la colocan en el lecho de Procusto. Pero contienen los fundamentos del arte, el método que le sirve de guía y progreso; hechos importantísimos, ideas fecundas, y grandes concepciones. Por tales razones y el carácter exclusivamente diagnóstico de la medicina moderna, creemos que su lectura sea útil y provechosa al práctico consumado, como a los alumnos clínicos la exposición razonada, en la enseñanza respectiva, de los aforismos y pronósticos, a fin de que una prognosis racional eleve la dignidad y prestigio de la ciencia.

Santiago 6 de junio de 1859.

J. Andrey.

Ligeras consideraciones acerca de las aguas minero-medicinales de Solan de Cabras (1).

Empero, no son estas las únicas enfermedades de los órganos abdominales que se someten favorablemente a su influencia, sino que además figuran entre ellas los infartos hepáticos, ya sean primitivos o consecutivos, siempre que se hallen exentos de fenómenos flogísticos, ó estén muy amortiguados cuando existan; igualmente que los producidos por fiebres intermitentes, en cuyo caso se encuentran también los del bazo debidos a la misma causa, ó bien cuando se fomentan unos y otros de un modo pasivo; no siendo inconveniente para el uso de esta medicación la presencia simultánea de una ligera ascitis ó de un edema moderado, si fuesen dependientes de entorpecimiento en la circulación venosa abdominal, pues a la vez que, por su propiedad fundente, favorecen la resolución de los infartos, su virtud evacuable, que se manifiesta por cámaras ó diuresis, produce la desaparición de dichas colecciones serosas.

Tan eficaz es y tan comprobada está la virtud de las aguas de esta clase para corregir los desórdenes de las vísceras que concurren a la digestión, que se las tiene concedido el epíteto de aguas digestivas; atribuyéndola al gas ácido carbónico que en ellas predomina, aunque no es de creer sean debidos sus buenos efectos en tales casos a este agente exclusivamente, pues no dejarán de tener también participación en ellos, todos los demás componentes de las mismas con las condiciones de asociación en que se encuentran, influyendo sobre las fuerzas digestivas, y particularmente acaso sobre las secreciones gastro-intestinal, pancreática y biliar; pero suceda ó no así, es lo cierto, que desde luego patentizan su benéfica influencia por la disminución del dolor, cuando existe, la mejor aptitud funcional, la sensación de apetito, la mayor regularidad y fuerza digestiva y el estado general satisfactorio que recobran los pacientes.

Igualmente reporta su administración resultados muy favorables en la ictericia esencial acompañada de policolia, y en la neuralgia del hígado que se conoce bajo el nombre de cólico hepático, con existencia de cálculos biliares ó sin ellos; pues en tales circunstancias presta grandes servicios su virtud sedativa, y la actividad que desarrolla en la función secretoria y excretoria del aparato biliar, a la vez que su tonicidad y contractilidad, contribuyendo también al restablecimiento de las condiciones normales en la constitución química de la bilis.

Todavía hay otro orden de enfermedades que se tratan con manifiestas ventajas en este manantial, cuales son algunas de las que corresponden a las vías urinarias; pues la nefritis crónica, la nefralgia ó cólico nefrítico y la cistitis crónica, como el espasmo de la vejiga, libres de fenómenos hiperémicos graduados, y siempre que se acompañen de las condiciones individuales mencionadas, son susceptibles de modificarse favorablemente con auxilio de este remedio; tanto por su propiedad sedativa, cuanto por sus acciones atemperantes, tónica y aun evacuable. Igualmente presta los mejores servicios en la diatesis calculosa úrica, modificando el estado constitucional, y facilitando la espulsión de infinitas arenillas y de no pocas concreciones litáicas, haciéndose muy manifiesta en este caso su acción alterante, si es que no pudiera atribuirse también una acción disolvente.

Esta misma medicación da resultados excelentes en el tratamiento de ciertas enfermedades del aparato reproductor femenino, como la metritis crónica, los infartos catarral, congestivo y hemorrágico, la amenorrea y dismenorrea, la leucorrea, las relajaciones y las induraciones de su cuello, especialmente cuando estas lesiones residen en mujeres de temperamento linfático, nervioso-linfático, nervioso-sanguíneo ó nervioso-bilioso; hallándose doblemente indicada si su existencia data de algun tiempo, y siempre que se hallen ligadas a una diatesis neuropática, ó con un estado constitucional asténico; pues en tales circunstancias y condiciones son inmejorables sus efectos, merced a los cuales se ordena la influencia nerviosa local y general, desaparece el elemento fluxionario y erético, se reaniman la tonicidad y contractilidad orgánicas, y se regularizan las funciones propias de este mismo aparato. Resuelve también los infartos ováricos indolentes ó apenas dolorosos, y corrige la predisposición al aborto que en ciertas mujeres existe, debida a alguna de las susodichas lesiones.

Así se comprende la reputación que gozan estas aguas como remedio eficaz contra la esterilidad, pues no cabe duda en que hallándose sostenida esta muchas veces por las enfermedades precitadas, necesariamente habrá de desaparecer el efecto luego que se haya destruido la causa: única manera de vencer la infecundidad este manantial, mas no por virtud especial, a la cual no hay necesidad de apelar para darse razón del hecho.

Su acción es muy favorable para combatir ciertas dermatosis pustulosas y escamosas, que renacen sobre individuos de temperamento linfático, bilioso y sanguíneo-bilioso, acompañadas de irritabilidad de la piel y de prurito, de un estado morbo del aparato digestivo, ó de alteraciones funcionales del hígado, y no menos en algunas erisipelas procedentes de immoderada excitabilidad del órgano cutáneo, de algun vicio hepático, ó sostenidas por desórdenes digestivos ó por desarreglos menstruales.

Finalmente, son muy recomendables sus buenos efectos en los infartos mesentéricos de los niños y en la ra-

quitis, en los fenómenos consecutivos a la anemia y en los accidentes de la astenia; siendo también muy oportuna su administración en la convalecencia de ciertas enfermedades, particularmente de los órganos encargados de la digestión, y no menos para disipar un estado de enervación general que se apodera de algunas personas, y cuyo origen no es posible atribuir a ningún órgano en particular.

En pos de estos efectos terapéuticos propios del manantial de Solan de Cabras, evidenciados por la observación y la experiencia, bueno será apuntar las circunstancias en que puede servir de medio profiláctico poderosísimo, tanto por sus cualidades intrínsecas, cuanto por sus condiciones extrínsecas.

Bien palpable es que dichas aguas podrán servir para la profilaxis de varias enfermedades en los niños, en las mujeres y los hombres de constitución débil y nerviosa, y muy especialmente en la proximidad y durante la época de la pubertad; en los individuos de temperamento bilioso y de complexión seca é irritable, en los linfáticos, y en todas las personas de hábitos sedentarios entregadas al estudio y a los trabajos de bufete; no siendo menos conveniente a aquellas, que por su posición social se ven obligadas a infringir el orden natural en el sueño y la vigilia, é igualmente a las que se hallan dominadas por los placeres gastronómicos y venéreos: pues contribuyendo cada una de estas situaciones a exaltar, debilitar y pervertir ciertas funciones de la economía, y muy especialmente las del sistema nervioso, preciso será remediarlas con oportunidad, a fin de evitar la explosión de no pocas dolencias que encuentran en ellas su principal origen. En todos los referidos casos estas aguas reaniman el vigor y bien estar del organismo, dan incremento a las fuerzas digestivas y musculares, activan los aparatos de asimilación y eliminación, así que la tonicidad y energía en todas las funciones, proporcionando la regularidad indispensable en todas las acciones dinámicas para el buen estado de salud.

Espuestas ya, aunque a la ligera, las virtudes terapéuticas y profilácticas del manantial que se halla bajo mi dirección; voy a ocuparme con brevedad también de sus circunstancias higiénicas, ó lo que es igual, de las condiciones exteriores ó circunstancias accesorias que le son ajenas; puesto que es imposible prescindir de esta consideración, al apreciar la importancia de sus efectos sobre la naturaleza humana, en vista de que los resultados obtenidos en él dependen en gran parte de la disposición de esta misma dualidad: principio reconocido ya por el admirable y venerando Hipócrates al sentar en el libro de la *Medicina antigua* «que la ciencia del hombre se funda tanto en el conocimiento de sus acciones y reacciones con las cosas que le circundan, cuanto en el estudio intrínseco del ser a que se refiere»; sentencia que envuelve la más elevada filosofía, por más que, al decir de algunos, este impercedero acaño nunca fuera filósofo.

El Real sitio de Solan de Cabras es un valle circuido de cerros elevados y cubiertos de frondosa vegetación, siempre verde y lozana, repartida con la más admirable hermosura y profusión por sus cumbres y laderas, igualmente que por los llanos, siendo tan pintoresca su disposición en algunos puntos, que forma bosques de infinita variedad vegetal: allí se multiplican el pino, el tilo y el avellano, entre otras muchas especies de árboles y arbustos; crecen también, con abundancia y por todas partes, el romero, la salvia y el tomillo, con otra infinidad de plantas aromáticas, formando montes más ó menos espesos y variados. Este valle se halla surcado por el río Cuervo, abundante en truchas esquisitas y provisto en sus márgenes de la vegetación más numerosa, variada y caprichosa; la cual es frondosísima también y muy vistosa en la proximidad de los baños; tiene varias huertas en las que se cultivan diferentes árboles frutales, muchas verduras y legumbres, algunas flores y fresas, que igualmente crecen por los montes. Hay en él muchas aguas potables riquísimas, y durante la temporada de baños se halla abastecido de alimentos abundantes, superiores en calidad, a precios económicos, y tampoco escasea leche de cabras de los rebaños que pastan por los montes.

Su clima es muy suave y uniforme durante el estío, libre de transiciones bruscas en la temperatura, y su atmósfera siempre despejada y muy pura, está de continuo embalsamada por emanaciones de los infinitos vegetales resinosos y aromáticos que en él se reproducen por todas partes; el calor solo se deja sentir algunos días y breves horas nada más durante la canícula, y aun en estos se puede pasear en el campo y a la sombra hasta las diez de la mañana y desde las cuatro por la tarde. Los vientos reinantes son moderados y secos, y la brisa de las noches muy pura, seca y agradable; su temperatura media es de 17°, no pasando la máxima de 26°, muy regular y proporcionada en todas las épocas del día.

Además de los artículos alimenticios que se espandan en el establecimiento durante la estación balnearia, concurren los habitantes de muchos pueblos circunvecinos, en el radio de media y una legua, a vender aves, caza, pesca y otros comestibles; elaborándose todos los días en aquel, con grande esmero y aseo, pan reciente de trigo muy selecto.

Ahora bien, si el establecimiento de baños minerales de Solan de Cabras es de gran valor por las virtudes medicinales de sus aguas, no merece menor importancia por el conjunto de circunstancias higiénicas que le son propias; en medio de las cuales no puede desconocerse, que la salud encontrará poderosos auxiliares para su conservación, y que el organismo enfermo sacará de allí grandes recursos para su restauración: cuyos excelentes efectos son debidos, por una parte, a

(1) Véase el número 285.

las virtudes del líquido mineral, y por otra, á la suavidad, regularidad y constancia de su clima, á la templanza y uniformidad de su temperatura, á la pureza de su atmósfera embalsamada siempre de vapores resinosos y aromáticos, que proporciona de este modo una verdadera inhalación de principios medicinales, á la facilidad de hacer ejercicio en el campo durante largas horas del día por entre un profuso arbolado y libre de los rayos solares, á la esquisita calidad de sus aguas potables y de los alimentos que en él se usan; contribuyendo también al efecto, la sociedad franca y cordial que allí se establece durante la temporada balnearia, amenizada por diversiones campestres; y el recreo que el espíritu encuentra á cada paso, contemplando la rara disposición de su terreno y la infinita variedad de vegetales que en él se perpetúan.

Queda, pues, justificado con lo espuesto, que el manantial de Solan de Cabras merece ser más conocido que lo está en la actualidad; porque las propiedades medicinales de sus aguas, cuanto las condiciones higiénicas que su cielo y suelo reúnen, fueron dispuestas juntamente por el Supremo Hacedor para prestarse mutuo apoyo, concurriendo al mismo fin en beneficio de la salud: coincidencia muy atendible por cierto y altamente estimable.

Réstame añadir, por conclusion, algunos detalles necesarios para el complemento de este artículo, y que conviene saber igualmente á todas aquellas personas que tuvieren precisión de usar dichas aguas.

Este manantial se halla situado en un valle de la Sierra de Cuenca, á 9 leguas de esta ciudad, 3 de Priego, cabeza de partido, y 30 de la corte: en el centro de él se vé el establecimiento, que consta de dos edificios, destinado el uno á casa-hospedería con 20 habitaciones, más un oratorio en el cual se celebra misa todos los días festivos durante la época de baños; y el otro muy inmediato está dividido en cuartos, dentro de los cuales se hallan los baños ó piscinas hermosísimas y perfectamente construidas de piedra de sillaría, en las que el agua entra y sale de continuo después de llenas; de manera que se toma el baño en agua incesantemente renovada, siempre limpia y que pudiera decirse agua corriente: estos cuartos perfectamente dispuestos, bien cerrados y techados, tienen una alcobita y su retrete, son muy claros, espaciosos, abrigados, con sus ventanas provistas de cristales y muy aseados; todos están servidos por un bañero y una bañera. Entre este edificio y la casa-hospedería se encuentra la fuente con tres caños, por cada uno de los cuales brota un hermoso raudal de agua espumosa.

El viaje desde Madrid se hace en los coches del correo ó de la diligencia hasta Cuenca en pocas horas, y de esta ciudad á Solan de Cabras se va comunmente en caballerías con bastante comodidad, siendo fácil descansar en cualquiera de los ocho pueblitos que atraviesa su trayecto.

El establecimiento pertenece al Real Patrimonio, y es de creer, que la munificencia de S. M. se dignará atender las reclamaciones pendientes para la ejecución de ciertas reformas que necesita en beneficio de los enfermos, y aun es de esperar que la magnánima bondad de tan Augusta Señora ordenará disponer muchas de ellas para la inmediata temporada; pues su maternal solicitud, que alcanza á todos y en todas partes, no desatenderá á los desgraciados cuya salud ha de restablecerse bajo un albergue de su Real Patrimonio.

También es de presumir que el Gobierno de S. M. adoptará las disposiciones necesarias para el arreglo de la carretera, que se abrió no hace mucho tiempo, y entonces será posible llegar en carruajes hasta Solan de Cabras.

Practicadas estas mejoras, dicho establecimiento de baños minerales se elevará á la altura que le corresponde, y conquistará el lugar que merece por la importancia de sus virtudes medicinales.

La temporada principia el día 15 de junio y termina el 15 de setiembre, y durante ella hay correo diario.

Madrid 12 de mayo de 1859.

Dr. Tirso de Córdoba Yécora.

CARTAS AL DR. MATA

SOBRE SU CRÍTICA DE MI CRÍTICA

DEL TRATADO DE LA RAZON HUMANA.

CARTA SÉSTA.

Muy señor mío y amigo y distinguido profesor: reducida á la impotencia la concepción ontológica materialista, que es para Vd. el arca sagrada de sus doctrinas; convencido de error el sistema esclusivo á *posteriori*, en su aplicación á todas las ciencias; analizado en el crisol de la crítica su pretendido filón de facultades intelectivas, sin que saliera de él un solo átomo de inteligencia; deshecho el encanto del cuadro en que aparecían las actividades desenvueltas sucesivamente, primero las inorgánicas, luego las vitales é intelectuales, siguiéndose en estas lo general á lo particular, y averiguado, en fin, que tal orden de ser estriba solo en un espejo de la razón; aun puede Vd. refugiarse en cierto recinto de su fortaleza, recusando las consideraciones hechas sobre todo lo que precede, como cosas abstractas y que no tienen aplicación al mundo positivo, y limitándose á especular

sobre lo concreto, persuadido de que con tal criterio marcha ya por camino totalmente seguro y desembarazado.

Semejante partido no sería á la verdad sostenible; porque sin método reconocido no podría aspirar á una ciencia sólida, y sobre todo porque tendría que abandonar sus explicaciones materialistas, y con ellas todo motivo de controversia entre nosotros. Sin embargo, quiero aceptar la discusión en este nuevo terreno, porque presta materia á especiosos argumentos que Vd. usa muy á menudo, y conviene deslindar hasta qué punto puede Vd. emplearlos con fundamento.

A propósito de esta cuestión opina Vd. que he sido difuso en mi crítica, y que he tratado de darle una lección necesaria. No fué ese mi intento, si bien es verdad que quien espone una opinión aspira siempre á que la aprendan los demás, si después de examinada hallan méritos para tanto; pero yo no me dirigía precisamente á Vd., sino en general á los lectores del periódico, á quienes quería indicar brevemente los fundamentos de mi juicio. Ahora me hace Vd. ver que no anduve desaceratado en la estension que di á este punto, puesto que aun es forzoso dársela mayor; resultando que la lección, si se empeña Vd. en llamarla así, podría ser errónea, pero no escusada, como lo acredita Vd. mismo, conviniendo conmigo en una parte de mi opinión y no en otra. Afirma Vd., y esta es una concesión preciosa, que no sé si habrá hecho con entera conciencia, «que lo concreto y abstracto así se aplica á unos casos como á otros; que los hay que son á la vez abstractos y concretos segun como se miran.» Ciertamente hubiera deseado más claridad en este pensamiento; pero oscuro y todo como es, ofrece bastante motivo á algunas reflexiones, que no dudo harían á Vd. fuerza si pudiera meditarlas con ánimo desapasionado.

El primer período de los dos que he copiado, no está en armonía con el otro: «lo concreto y abstracto, así se aplica á unos casos como á otros» es una proposición general; «los hay que son á la vez abstractos y concretos, segun como se miran», quiere decir lo mismo, pero limitándolo ya á un sentido particular. Queda la duda de si la intención de Vd. es optar por la primera proposición ó por la segunda; si quiere Vd. decir que todo lo concreto y todo lo abstracto lo es solo relativamente segun el punto de vista bajo el cual se lo considera, ó solamente que hay en este caso algunos concretos y algunos abstractos. Pero no importa: el resultado es el mismo. Vd. no me puede conceder, que un concreto no es concreto *en sí*, sino concreto relativamente á un abstracto, sin que me conceda lo mismo de todos los demás. Porque en efecto, ¿en qué podría estribar la diferencia? Ni el sentido vulgar, ni el lenguaje filosófico, distinguen diferentes clases de concretos: admitir solamente que lo que en unos casos es sustancia, en otros puede ser atributo, equivale á conceder que aquello de que se habla, siempre es relativo, es decir, que nunca es sustancia. Si por concreto espresamos una cosa en sí, en ningún caso podemos espresar una cosa en otro: para esto sería preciso inventar un signo diferente.

Si el hombre es concreto y la humanidad abstracta, la parte del hombre es concreta y todo el ser humano abstracto; el músculo, por ejemplo, es concreto. Pero á su vez la fibra es concreta y el músculo abstracto ¿dónde está, pues, el verdadero concreto? ¿Dónde nos detendremos? ¿En los átomos? Pero los átomos tienen ó no partes: si no las tienen, son cero de estension; si las tienen, estas son los concretos, y así sucesivamente. Yo le reto á Vd. á que salga de este laberinto.

No, lo concreto y lo abstracto son *siempre* relativos entre sí; no se dice abstracto sino con relación á un todo que se considera; no se dice concreto, sino con relación á elementos abstractos, respecto de los cuales figura aquel como un todo. Vd. me hace una concesión parcial: no tiene inconveniente en que se llame siempre abstracto el género, pero no conviene en que lo sea la diferencia en iguales circunstancias, ni menos en que la especie consista solo en la síntesis de esas tesis abstractas de género y diferencia. Pero reflexionándolo bien, debe Vd. conocer que la lógica conduce á este fin en cuanto se adopta el principio, aunque no se vea desde luego toda su estension. O ha de recoger Vd. su proposición volviendo á encerrarse en sus concretos esenciales; verdaderos concretos en sí, que nunca dejan de serlo, ó aceptado una vez lo concreto relativo, no puede menos de dejarse llevar hasta las últimas consecuencias de esta idea.

Lo concreto, en el campo de la experiencia, es lo que ofrece condiciones dadas de espacio, de tiempo, etc., que constituyen un todo. Cuando se habla de concreto sin

añadir relación alguna, se sobreentiende una combinación particular de las leyes que corresponden al dominio de la sensación. Puede ser igualmente concreta, por ejemplo, una pasión, una idea cualquiera respecto de sus términos abstractos; pero tratándose de objetos, de cosas representables por medio de los sentidos, se llama concreto lo que se distingue de cualquier otra cosa, en cuanto al número, al espacio, á la actividad y á las demás categorías necesarias en todo objeto sensible.

Pero, ¿se creará que todas estas circunstancias que se reúnen en los cuerpos, califican la verdadera realidad, la sustancia, de la cual los demás fenómenos son efectos y accidentes, que considerados aparte constituyen abstracciones? Hállase la realidad en los concretos sensibles, mientras no se olvidan las condiciones de la experiencia; mientras se tiene presente que cada objeto particular es á su vez una abstracción, una consideración separada, una análisis del conocimiento, donde son dadas primitiva y originalmente la análisis y la síntesis; donde nada hay absoluto, sino que todo aparece en reciprocas relaciones, cuyos términos se prestan mutuo apoyo y se dan el único sentido y significación que legítimamente se les puede atribuir.

¿Negaremos jamás que un cuerpo es un concreto? No, mientras se le considere como una síntesis de elementos abstractos, y sin más razón que porque se le mira de este modo. Déjese de significar con la palabra que representa aquel cuerpo una síntesis única, y la voz específica pasa á ser genérica, solo porque procedemos á considerar nuevas síntesis dentro de las síntesis primeras. Estas síntesis huyen y se desvanecen tan pronto como dejamos de considerarlas, y entonces recobra su sentido concreto la función fenomenal que fija de nuevo nuestra consideración.

El concreto de los concretos es para la inteligencia la síntesis total, todo su contenido, toda la naturaleza representada, el conjunto más elevado que se puede concebir, sin esclusión de ninguna de sus diferencias y pormenores. Todo lo demás son abstractos de este concreto, ya se hable de cualidades, de géneros, de actos morales é intelectuales, etc., ya de cuerpos físicos, de seres; si bien cada una de estas cosas es á su vez concreta relativamente á los elementos que la constituyen.

La pretensión de establecer concretos en sí es la misma que induce á considerar objetos en sí, y no en la representación ó conocimiento, ó relativamente al sujeto y á otros objetos, que es su único modo posible de existencia.

En la doctrina de Vd., mi apreciado amigo, es preciso sostener los concretos en sí, en cuanto cuerpos, en cuanto materia, única sustancia en que Vd. refunde lo que existe. Solo así puede Vd. ser consecuente, aunque esponiéndose á las invencibles dificultades que ofrece este sistema filosófico. Si incurre Vd. en la debilidad de confesar que un solo concreto puede convertirse en abstracto y viceversa, no concediendo, como no concede, la existencia concreta, sino á las cosas materiales, viene á convenir en que una cosa material puede ser abstracta, y desde el momento mismo se vé obligado á conceder que pueden serlo todas. Si el género humano, por ejemplo, puede hacerse abstracto después de haber sido concreto, ¿qué razón hay para que no suceda lo mismo con todos los concretos, con todas las subdivisiones imaginables de los cuerpos hasta el infinito? Esta es la verdad efectivamente, pero verdad que se opone á la concepción ontológica del sistema que Vd. profesa. La tendencia de su idea filosófica le obligaría á multiplicar las divisiones de las cosas sin término ni fin; pero no pudiendo llegar por este camino sino á la impotencia y al caos, se para arbitrariamente donde mejor le parece, y dota á los cuerpos simples ó compuestos ó á sus partes, los átomos, de los elementos que nunca debió eliminar del conjunto de la representación. Se convence muy tarde de que no hay sin ellos representación posible, y en vez de volver al punto de partida, reconociendo que ha marchado por mal camino, prefiere persistir en su falsa concepción, bastardeando en obsequio de ella la naturaleza de las cosas.

¿Quiere Vd. convencerse aun más de la exactitud de estas observaciones? Separe de una cosa todos sus elementos abstractos, y permítame que le pregunte qué es lo que queda. Si parece quedarle algo, ofrecerá algún carácter por el cual se dé á conocer, y como este también puede abstraerse, en último resultado no debe quedarle nada. Ahora bien: ó los elementos abstractos son á su vez concretos, y entonces tendremos que el color, la vida, son concretos, lo cual no quiere Vd. conceder; ó más bien son abstractos y nada más; y entonces pre-

gunto, ¿de dónde viene el concreto que juntos constituyen, si el concreto es una cosa real, en sí? Claro está, pues, que lo que constituyen no es un concreto independiente, sino una idea de concreto, y que la distinción de las cosas en concretas y abstractas es, como llevo dicho, ideal y relativa á la forma con que aparecen en nuestra consideración.

En una palabra, los concretos y los abstractos no son, los hace el entendimiento: el hombre estudia las cosas considerándolas en abstracto ó en concreto; en abstracto cuando tiene á la vista un todo, del cual abstrae la parte; en concreto cuando tiene á la vista partes que forman un todo.

Es una buena regla la que Vd. da, si se entiende por ella que conviene mucho fijar el objeto de nuestra consideración, y no aplicar á la parte lo que solo puede considerarse en el todo, ni al todo lo que solo puede considerarse en la parte; no dar, por ejemplo, cuerpo y extensión al color, á la actividad física, á los actos intelectuales; no dar actividad é inteligencia á la figura y extensión. En este sentido es una regla preciosa, que conduce derechamente al abandono de todo ontologismo, al juicioso estudio de los fenómenos, de las leyes y las funciones, en vez del fantástico y caprichoso monopolio de la razón en beneficio de una concepción trascendental determinada.

Pero esa misma regla es mala si, como Vd. pretende, se han de admitir concretos absolutos, constituidos solamente por los objetos en cuanto sensibles, reduciendo todo lo demás á la categoría de abstracciones, procedentes de tales concretos. Los que Vd. establece primero, no lo son sino relativamente á ciertos elementos, y los elementos que luego quiere sacar de ellos pertenecen á otros concretos, relativamente á los cuales los primeros son abstractos. Vd. admite muy bien que la inteligencia, considerada sin un cuerpo, es abstracta, pero no ve del mismo modo, que el cuerpo sin inteligencia es abstracto también.

De aquí resulta que hace Vd. á los concretos, y no á todos, sino á los que elige arbitrariamente, cosas reales positivas, únicas positivas y reales, y que en el hecho mismo establece entre estas cosas y las demás una distinción que no existe, para permitirse borrar la que existe: hace esenciales á las unas y accidentales á las otras, dependientes á estas, independientes á aquellas, y convierte en esta falsa diferencia la diferencia radical y verdadera que aparece entre ambas series de fenómenos.

Tiene, pues, la regla de Vd. tanto de falsa y perjudicial, como de conveniente y fecunda la verdadera regla, de referir exclusivamente las leyes de todo género al orden de fenómenos en que aparecen, sin hacer valer para el todo lo que debe serlo para la parte, y viceversa.

¿Qué le sucede á Vd., por ejemplo, al estudiar el cerebro, que por su regla debía ser un concreto? Que le subdivide en muchos órganos, sin acertar á darse cuenta de cómo puede ser múltiple, y al mismo tiempo uno real y concreto. Vd. cree esto incompatible, y se encierra en el dilema: ó ha de ser uno ó muchos. Lo demás se le antoja soluciones oscuras, muy parecidas á enigmas, y que no satisfacen la razón.

Efectivamente existe esta oscuridad cuando nos obstinamos en considerar lo concreto y lo abstracto como absolutos, no como lo que son, esto es: como relativos uno á otro, existiendo uno por otro y no pudiendo concebirse uno sin otro. A esta pregunta: ¿un objeto es simple ó múltiple? no hay más que esta respuesta; es simple en cuanto forma un todo, es múltiple en cuanto consta de partes. Pero ¿qué son las partes? ¿qué es el todo? las partes son la análisis del todo; el todo la síntesis de las partes: quite Vd. las partes, y desaparece el todo; quite Vd. la unidad que las sintetiza, y desaparece también el todo y las partes con él.

Nuestro conocimiento es incompleto; solo conocemos relaciones, y no todas, sino un número determinado, delante del cual queda siempre un abismo indeterminado, en el que está pronta á precipitarse la razón. No se esfuerce Vd. por dar como completo el conocimiento de las cosas en cuanto materiales, en cuanto determinaciones del tiempo y del espacio; porque siempre será tan incompleto como el de las cosas en cuanto activas, en cuanto vivas é inteligentes. Se supone por muchos que podemos conocer muy bien los cuerpos y sus propiedades físicas y químicas, algo menos la vida, y casi nada la inteligencia y lo que se llama facultades del alma: esta sí que es una vulgaridad. Cada cosa de estas nos es conocida en su esfera correspondiente, y si nos parece más inaccesible el orden intelectual, es

porque estamos fascinados y nos empeñamos en reducirlo al orden material. Hay cosas cuyo conocimiento nos está vedado, á las que aspiramos solamente por una necesidad de nuestro modo de ser: tal es lo absoluto como límite del aumento indefinido de la síntesis y de la análisis filosófica. Pero en cuanto á los elementos de nuestro conocimiento, todos nos son igualmente dados, y la ignorancia no es más necesaria respecto de unos que de otros.

¿Cuántos errores y contradicciones admite Vd. en sus doctrinas, procedentes de la suposición de la realidad exclusiva de los concretos! Unas veces se detiene Vd. en las síntesis fenomenales que ofrece la naturaleza, y parece hallarse muy de acuerdo con el sentido común concediéndoles el privilegio de constituir realidades concretas. Pero en seguida sobreviene la dificultad de que estas realidades son compuestas, y por consiguiente el nombre con que se las designa solo tiene una significación genérica abstracta, y la verdadera realidad concreta se halla en las partes. Procediendo así sucesivamente, se llega á designar como únicos concretos los cuerpos simples, los átomos, dotados de actividades inorgánicas, de cuyo agrupamiento y combinación proceden los fenómenos colectivos, que se espresan con las voces de sentido abstracto, vida, sentimiento, etc., y que se consideran como accidentes de las fuerzas físicas y químicas.

La confusión en que incurre Vd. al darse cuenta de las fuerzas vitales, es una de las pruebas más palpables de la insuficiencia de la consideración de lo concreto como realidad esencial.

Al ocuparse de fuerzas, empieza Vd. por abandonar los seres corpóreos, tales como los presenta la naturaleza, y deja de considerarlos como verdaderos concretos, á pesar de las sugerencias del sentido común. Efectivamente, si no fuera así, podría argüirse en esta forma: si los concretos son la realidad verdadera, sus diferencias les serán esenciales, y no puede negarse entre la piedra y el hombre la distinción que se admite entre una piedra y otra piedra.

Pero esta conclusión no satisface al sistema; la composición de tales seres estorba para que se los mire como verdaderos concretos; es preciso descender hasta concretos imaginarios, hasta los átomos invisibles de los cuerpos simples, y alrededor de estos átomos, por procedimientos inesplicables, se agrupan sucesivamente esas abstracciones, que entonces dejan de serlo solo porque así conviene á la concepción sistemática. De este modo se llega á afirmar que las fuerzas vitales no difieren esencialmente de las físicas y químicas. Se las considera abstractas como fuerzas vitales, concretas como fuerzas simples identificadas con los átomos, y no se advierte la contradicción envuelta en este modo de discurrir.

¿Cuán contradictorio no es considerar unas mismas fuerzas, ya como abstractas, ya como formando parte esencial de un concreto, y todo simultáneamente!

Resulta de todo lo espuesto, que pues solo tenemos un conocimiento limitado de las cosas, no es lícito asentar ninguna de ellas como completamente averiguada, convirtiéndola en origen y causa de las demás; que no sirven para este objeto ni la consideración de la materia, ni la de los concretos, como tampoco la de las ideas ni de ningún otro término del conocimiento, en sí; que la realidad no es privilegio de ningún orden de fenómenos; pues todos son igualmente reales mientras se los considera como son, dentro de sus límites propios.

Nuestro estudio debe, pues, limitarse á las leyes de los fenómenos, analizados, ya racional, ya experimentalmente, según su categoría, y en vano aspiraríamos á otro resultado, pues solo conseguiríamos entorpecer nuestra marcha con el peso de los errores en que tan vano intento nos haría incurrir.

A las precedentes consideraciones limitaré por ahora las muchas que sugieren los principales puntos de sus doctrinas filosóficas. Fácil me sería poner á Vd. de manifiesto los vicios del sistema en todas y cada una de sus aplicaciones secundarias; pero creo suficiente lo espuesto, para que nuestros lectores vislumbren de qué lado hay más razón: si por parte de Vd., que sostiene en su exclusivismo principios que pugnan tan á menudo con la verdad; ó por parte mía, que solo quiero no dejar fuera de mi consideración punto alguno del anchuroso espacio donde la filosofía irradia su luz sobre todos los conocimientos humanos.

Concluiré estas cartas, mi apreciado amigo, asegurándole que tengo de Vd. mejor concepto que Vd. mismo; creo que ni el amor propio, ni ningún otro senti-

miento menos elevado, serán poderosos á apartarle de reflexionar sobre las indicaciones que le he hecho, y rendirse á la razón si encontrase para ello méritos suficientes. Espero confiadamente de su claro ingenio, que han de herirle las dificultades y los inconvenientes propios de las doctrinas materialistas, en cuanto se detenga á meditarlas, colocándose en un punto de vista imparcial y suficientemente comprensivo. De proceder así, en mi concepto toda la ventaja sería para Vd. Obstinándose, por el contrario, en representar el materialismo, acaso podrá llenar una misión providencial en el orden de la civilización, donde los individuos se completan mutuamente, resultando entre todos la verdad que cada cual posee en una pequeña parte.

Sea como quiera, yo también he procurado solo en esta polémica desempeñar el papel que creo me corresponde, contribuyendo con mis escasas fuerzas á la investigación de la verdad filosófica. A este fin, nunca á deprimir ni menoscabar el mérito real de Vd. y la consideración que se merece, han ido encaminados todos mis esfuerzos. No quisiera que hubiese trazado mi pluma palabra ofensiva ni capaz de lastimarle, y si alguna le pareciera, declaro terminantemente que no ha sido escrita con intención.

Lejos de eso, deseo muy sinceramente para Vd. toda la gloria y toda la reputación que puede apetecer, ya que por mi parte ni ambiciono ni tengo motivos para pretender otra cosa, sino que me siga considerando como su afectuoso y buen amigo, que se complace en tributarle el debido respeto y consideración.

Nieto.

REFUTACION AL DISCURSO DEL SR. MATA.

(Conclusion.)

Vamos á terminar en este número el artículo que en el número 284 empezamos á tomar casi íntegro de la *Revue médicale* de París, debido al Sr. D. Juan Drumen.

«El Dr. Mata, prosigue, pretende censurar y aun ridiculizar á Hipócrates, porque dando un curso necesario á las enfermedades é instituyendo la doctrina de los días críticos, deja entrever la causalidad y la fuerza activa atribuida á los números por Pitágoras. Si nuestro compañero hubiera observado con atención, y se hubiera entregado al estudio práctico de las enfermedades, hubiera visto que muchas de ellas se presentan de un modo bastante regular para que pueda preverse su curso y el orden sucesivo de sus periodos. Tales son las fiebres intermitentes de todos los tipos, las fiebres eruptivas, etc. De forma que la sucesión de los síntomas constitutivos de la enfermedad pone en evidencia un encañamiento, una cooperación, ó como decía Hipócrates, una conspiración, que les conduce á un fin común. Tan cierto es esto, que el arte, por interés del enfermo, cambia á menudo el orden establecido por la naturaleza, mientras que determina otras veces terribles y funestos resultados. Pero si es abandonado á sí mismo el trabajo moroso, si la naturaleza ó el principio de la vida no es turbado por una complicación que paralice sus esfuerzos y desvie su sinergia, sigue su curso en toda su extensión.

«La cronología de todos los actos patológicos, las revoluciones espontáneas, preparadas y terminadas por una elaboración misteriosa; en una palabra, este conjunto armónico de fenómenos que obedecen á un mismo impulso, cuyo fin es demasiado evidente para desconocerle, ¿no acreditan la existencia de esa providencia interior, señalada en los libros del anciano de Coos, que hacía decir á Baglivio *quid quid meditetur et faciet, si natura non obtemperat natura non imperat?*»

«El obligado tema de los críticos y de los censores del padre de la medicina, versa sobre la anatomía y la fisiología de su tiempo, comparadas con las de nuestra época. Si Hipócrates no conocía la anatomía patológica, si la abertura de los cadáveres era considerada en su tiempo como una profanación, no poseía en verdad esos conocimientos, poco comunes para la época en que vivía.

«Además, la anatomía y la fisiología del descendiente de los Asclepiades no constituye toda la enseñanza del hipocratismo. Lo que la forma, son sus preceptos, su método, las eternas verdades prácticas que ha consignado, y el espíritu filosófico que le permite dar á conocer las leyes del organismo. Por eso, á pesar de las falsas observaciones que han servido para formar la reputación de algunos médicos por la terapéutica, ó de algunos cirujanos para la curación del cáncer; á pesar de los trabajos y los experimentos de los micrógrafos y los químicos sobre esta producción morbosa; á pesar de los grandes progresos de la anatomía normal y patológica, quedan estos censores confundidos y reducidos á la nada, cuando ven en la cuestión de la curabilidad confirmado uno de los aforismos de los padres de la medicina; *morbos occultos habentes melius est non curare; curati enim cito pereunt, non curati vero longius tempus perdurant.*

«El hipocratismo y el vitalismo, que son sinónimos para los que los profesan, han sido el fin principal de los violentos ataques del Dr. Mata.

«Siempre ha fijado la atención de la gran mayoría de pensadores una causa primera y productriz. Para de-

signar pues esta causa universal y esencialmente activa se han creado diversos nombres, que en último análisis son sinónimos. Así es, que Hipócrates, para dar una idea de la causa que preside a todos los movimientos orgánicos y vitales, creó el nombre de *naturaleza*; Van Helmont, el de *arquero*; Stahl la colocó en el alma, y en fin se la ha designado con los nombres de fuerza vital, propiedades vitales y poder vital, nombres todos que consagran el grande hecho de la vida, el principio que engendra los fenómenos fisiológicos y patológicos que domina...

»La naturaleza ó el principio de la vida es la fuerza plástica y regeneratriz de nuestros órganos, es el calor vivificante que penetra nuestra economía, el *quid ignitum* ó el *quid divinum* de Hipócrates, que preside a todas nuestras funciones fisiológicas y patológicas; es ese principio que los hombres más célebres en la ciencia han reconocido y admitido: todos han creído que la naturaleza del hombre se basta a sí misma, y que el verdadero médico es aquel que sabe imitarla y servirla.

»Los hipocráticos, dice el Dr. Mata, no se parecen unos a otros, y hay vitalismos de todas suertes, al gusto del consumidor. Este es un error. Siempre ha habido unidad en las escuelas que han profesado y profesan los dogmas fundamentales de la medicina práctica. El vitalismo que Hipócrates nos ha dado a conocer bajo el nombre de naturaleza, es el principio de la vida, acerca del cual todos se hallan unánimes y conformes. Los vitalistas que, no obstante su unanimidad en el fondo y la esencia del principio, han querido, según los críticos, establecer otras formas, son precisamente aquellos que, no contentos con el estudio y el conocimiento de sus leyes y de sus efectos, han tratado de penetrar más allá de lo que permite descubrir la razón humana, han pretendido llegar a una explicación de la causa de este principio, de su naturaleza, de su esencia, en fin, y esto les ha conducido a un orden más elevado de principios abstractos de filosofía.

»¿Se intenta ridiculizar a los vitalistas diciendo que hay un vitalismo humoral, un vitalismo dinámico y un vitalismo físico, etc.? Los vitalistas que reputan al principio vital como inherente a nuestro organismo, y presidiendo a todas nuestras funciones, ¿confunden acaso este principio con los estados morbosos que se deben a tal ó cual causa que altera los líquidos ó los sólidos aislada ó simultáneamente, según las diversas opiniones que han reinado en la ciencia? Todos admiten que es la vida una ley del organismo vivo, dominada por este principio que comunica a todos los órganos la impulsión necesaria para sus funciones; admiten que este principio ha sido dotado de una fuerza de formación, de conservación y de medicación, acomodada a los estados morbosos. Esta facultad formatriz permite al óvulo embrionario desenvolverse lenta y progresivamente en el seno materno; hace concurrir a su desarrollo todos los elementos necesarios hasta su completa evolución, y después hasta el término prefijado a la humanidad por la Providencia... Por la fuerza y la ley vital, resiste el organismo a las multiplicadas causas que obran sobre él incesantemente, y que sin remedio ocasionarían su destrucción. De esta manera se conserva el equilibrio.

»¿Quién podría, por otra parte, negar la existencia de la fuerza medicatriz, de sus leyes, de su objeto y de su fin? Cuando una enfermedad, un trastorno más ó menos considerable de nuestras funciones se presentan, se admite siempre una causa que les produce, pues que no hay efecto sin causa; y, como ha dicho Cayol, la resistencia activa a todos los agentes destructores es una propiedad inherente a todo cuerpo organizado y vivo.

»Por la misma razón ha dicho el célebre Hufeland, que toda enfermedad provoca una actividad relativa de la naturaleza, que tiende a cambiar, a corregir el estado anormal, y que por sí sola hace la curación posible.

»¿No vemos muy a menudo curaciones espontáneas de enfermedades gravísimas? ¿Qué hacemos en las fiebres eruptivas, cuyo curso no es muy desordenado, y cuyos síntomas propios se deben principalmente a la fuerza medicatriz, con el objeto de eliminar la causa morbilífera? ¿Qué hacemos en la inflamación misma, cuando sustraemos sangre? ¿Combatimos la causa sacando cierta cantidad de fibrina? No, porque este mismo exceso de fibrina le hallamos todavía al terminar la existencia del enfermo. Por lo tanto, en la sangría no destruimos súbitamente el mal; no le hacemos abortar; tampoco hacemos desaparecer la causa inmediata: ayudamos a la naturaleza medicatriz para que la reacción sea menos violenta y proporcionada a la resolución que procuramos obtener.

»Y en el tratamiento de las enfermedades ¿a favor de los medicamentos específicos, como por ejemplo el mercurio en la sífilis, ¿no advertimos también los recursos de la naturaleza medicatriz? ¿Nos han explicado la química y la física el modo de obrar de este medicamento, ni la manera como el organismo se desembara de esta sustancia y del virus sífilítico, produciendo la regeneración de los humores, la restauración de las partes desorganizadas, el restablecimiento en fin de las secreciones alteradas? ¿No vemos también alguna vez que el régimen dietético, ó los esfuerzos de la naturaleza medicatriz, obtienen por sí solos semejantes curaciones?

»No tratamos de refutar lo que en su discurso ha dicho el Sr. Mata de las escuelas hipocráticas, respecto a su estado estacionario en la época remota de su fundador, su inamovilidad, y la nulidad de sus producciones y de sus progresos para la ciencia. Absurdo semejante no es siquiera digno de nuestros adversarios; empañaría el nombre y la reputación de los hombres ilustres que nos han dejado tan bellas páginas, y que han salvado en su práctica tantas víctimas humanas.

»Sin abandonar su dogma y sus principios tradicio-

nales, abraza y ha abrazado el hipocratismo la ley del progreso; ha acogido las mejoras que las ciencias auxiliares le han suministrado; no desdén, no rechaza tampoco la anatomía patológica, en cuanto a las manifestaciones morbosas que pueden darle luz acerca del curso de las enfermedades y sus resultados diferentes: solamente entiende el hipocratismo que la anatomía debe comprenderse en la medicina, y no la medicina en la anatomía, y otro tanto diré de las leyes físico-químicas.

»Aunque el sensualismo haya invadido el campo de la medicina; aunque haya dado origen al materialismo orgánico y químico, que algunos profesan y sostienen para explicar todo lo que pasa en el hombre, nunca producirá con el calor, la luz y la electricidad, ni la sensibilidad vital, ni el movimiento perpétuo de composición y descomposición de las moléculas orgánicas.

»El materialismo localizador y orgánico, el que no vé en la vida mas que el movimiento molecular y las leyes físico-químicas que rigen a la materia, el que borra de una plumada las leyes patológicas, las fiebres, las diátesis, el contagio, las caquexias, etc., hace sus últimos esfuerzos, no para defender su doctrina, sino para repetir lo que en diferentes épocas han dicho los que han criticado y querido destruir las escuelas hipocráticas y el vitalismo.

»No queremos hacer una larga escursión a los dominios del vitalismo, lo cual exigiría mucho tiempo y comprendería toda la filosofía y toda la práctica de la medicina. Pero no podemos dejar pasar sin refutación la censura inconsiderada y exagerada poéticamente del Sr. Mata; no queremos permitir que la juventud penetre en una falsa vía, ahora sobre todo cuando por todas partes vuelve la ciencia a sus sanas doctrinas.

»La escuela hipocrática es la primera a admirar y respetar los nombres de aquellos, cuya constancia y genio han hecho progresar la anatomía y la fisiología. No pondrá ella en ridículo, no olvidará nunca a los que a fuerza de prolongadas vigiliias, nos han hecho conocer el glóbulo tuberculoso, la célula cancerosa, etc., aunque hasta el día no nos haya conducido este conocimiento a nada en la práctica.

»Pero sin dejar de apreciar en su justo valor las mejoras que nos suministran las ciencias auxiliares, rechaza todo lo que pudiera conducirnos a un mecanismo grosero, como algunos quisieran.

»En fin, puesto que el Dr. Mata terminó su discurso recomendándonos trabajar, le responderemos: Bastante trabaja quien se consagra con atención y perseverancia al conocimiento de las leyes vitales, ya fisiológicas, ya patológicas; porque este estudio y el de las diferentes anomalías que tan a menudo ofrecen los estados morbosos, suministrarán al médico los más seguros medios de llenar el deber sagrado que la humanidad exige de su profesión.

El Srío. de la Redacción, R. SANFRUTOS.

LITERATURA MÉDICA.

Exámen crítico del opúsculo recientemente publicado por el Dr. D. AURELIANO MAESTRE DE SAN JUAN, sobre la acción que ejerce el cloroformo por la vía gástrica en el tratamiento de las fiebres intermitentes.

Pocas dolencias, entre las muchas que afligen a la humanidad, habrán ejercitado tanto el ingenio de los médicos en todos los tiempos, como las fiebres intermitentes, así respecto a su patogenesia como a su naturaleza íntima y a su terapéutica. Por eso la multitud de teorías que llenan las obras de medicina, todas ideadas para explicar su esencia, para indagar la naturaleza de esa enfermedad, rodeada de misterios y de singularísimas aberraciones; y por eso también el número infinito de medios curativos ensayados en todo tiempo con peor ó mejor fortuna.

Nuestro querido compañero el Sr. MAESTRE DE SAN JUAN, profesor clínico y encargado de la cátedra de patología médica en la Facultad de medicina de Granada, que bien merece más distinguido puesto en la enseñanza por su ilustración, laboriosidad y buenas dotes, ha querido ofrecer también su contingente en aras de la ciencia, y ha escrito a este fin un curioso opúsculo que consideramos de utilidad y digno por lo tanto de recomendación y de elogio.

Vamos a dar de él una idea sucinta, pero suficiente para que los prácticos conozcan su teoría y el resultado de su práctica, hallándose, por lo tanto, en estado de emprender observaciones y acumular hechos, a los que nuestro digno amigo ha reunido.

Después de manifestar en pocas palabras el por qué del empeño con que los médicos han tratado de investigar la naturaleza de las fiebres intermitentes, y antes de llamar la atención a los buenos efectos que se alcanzan mediante el cloroformo administrado por la vía gástrica, se detiene a analizar, una por una, y de la más cumplida manera, las diversas teorías inventadas con respecto a este género de dolencias, desde Galeno hasta el día; cuyo resumen llama la atención así por su exactitud como por la concisión y buen orden con que han sido espuestos tan multiplicados pareceres, y hasta por la erudición y excelente crítica que muestra este joven é ilustrado práctico.

En medio de doctrina tan variada, y en vista de aquella multitud de opiniones, algún partido había de tomar nuestro apreciable compañero y amigo; y en verdad que ha tenido el buen juicio de adoptar el que nos parece preferible. Oigámosle en este esencialísimo punto:

«El estudio detenido de este grupo de enfermedades, me ha hecho formular una doctrina que profeso hace once años y que creo reúne las mayores probabilidades en su favor. Para mí la causa ocasional de las fiebres intermitentes es una vez un agente especial que determina la infección, y en otras ocasiones estados particulares del organismo llevados hasta el patológico por circunstancias que nada tienen que ver con los efluvios pantanosos; cuando el agente palúdico es el que actúa sobre la economía, penetra por la respiración, obrando primitivamente sobre el sistema nervioso pulmonar, para transmitirse después a lo restante de este gran sistema orgánico; y si la causa no es específica, parte la enfermedad del sistema nervioso que de preferencia ha afectado esta.»

Pasando seguidamente a mostrar qué razones le han movido a adoptar esta teoría, añade:

«¿Qué nos dice la etiología? Entre las causas predisponentes, figuran como muy susceptibles a la acción de los miasmas palúdicos los individuos delicados, nerviosos é impresionables, los de una naturaleza empobrecida a causa del uso habitual de malos alimentos, así como también aquellas personas que encontrándose en la convalecencia de enfermedades de esta ó de la otra índole, está el sistema sanguíneo más ó menos debilitado; en todas estas circunstancias existe un desequilibrio entre los principales sistemas del organismo, predominando el nervioso, que hace que el efluvio actúe sobre él directamente como elemento dominante, ocasionando trastornos que se revelan por un dado aparato de síntomas.»

En concepto del autor, las fiebres intermitentes son de dos especies: palúdicas y no palúdicas; sucediendo que la causa ocasional de las primeras son los efluvios pantanosos, y que las segundas son ocasionadas por causas diversas que obran sobre el sistema nervioso en las personas predispuestas. No cree, y hace bien, que necesariamente dependan de los miasmas palúdicos las intermitentes; ¿cómo creerlo si se ven reinar en puntos elevados, secos y distantes de pantanos, de ríos, etc.?

Examinando por qué vía penetra en la economía el efluvio pantanoso, cuando las intermitentes son específicas, cree que exclusivamente lo hace por la superficie pulmonar, acompañando al aire inspirado y poniéndose en contacto con las ramificaciones nerviosas de la mucosa bronquial; y es también su dictamen que la acción más ó menos sostenida y fuerte de la causa morbilífera, así depende de la cantidad del efluvio pantanoso, como de la susceptibilidad nerviosa del individuo.

No sostendremos que exclusivamente penetre por la mucosa de los pulmones el agente venenoso que engendra las intermitentes obrando sobre el sistema nervioso; también puede obrar sobre la piel en la propia forma, y no será además imposible que con los alimentos obre sobre la superficie gastro-intestinal. Pero si nos inclinamos mucho a admitir que el agente tóxico obra más bien sobre el sistema nervioso que alterando la composición de la sangre. En apoyo de esta doctrina presenta el Sr. MAESTRE DE SAN JUAN el siguiente razonamiento:

«La primera impresión de este agente es en el sistema nervioso pulmonar; el modo enérgico y pronto de aparecer los primeros trastornos, aproximale al de los venenos cuya acción es primitiva en este gran sistema; las análisis de la sangre apoyan este modo de ver. Según las observaciones de los señores Becquerel y Rodier, la composición de la sangre en la fiebre intermitente se aparta poco del estado normal; Andral y Gavarret han hecho la análisis de la sangre de seis sujetos atacados de fiebres intermitentes, y dicen que la fibrina estaba en los límites normales, ó ligeramente aumentada, y que en un solo caso en que los glóbulos habían descendido a 68, existía al mismo tiempo clorosis; la opinión que emiten algunos otros autores es parecida hasta cierto punto a la esposta, salvo en los casos en que exista complicación; siendo los únicos datos que se me podrían citar de alteraciones del líquido sanguíneo, los que se refieren a las veces al influjo lento que ejerce sobre los individuos que viven en los lugares pantanosos el miasma paludiano, el cual modificando el sistema nervioso produce consecutivamente *cacoquimias* y *cacoquías* que se traducen por alteraciones de la sangre secundarias a la acción del agente miasmático; en otras a sujetos colocados en una verdadera cloro-anemia antes de sufrir la acción pantanosa; ó bien aquellas personas que habiendo padecido por mucho tiempo las fiebres intermitentes se encuentran en el período caquético, ó han sufrido en otras circunstancias complicaciones variadas en el decurso de la enfermedad.»

De la manera que se espresa en las líneas que van de cursiva, ó de otra análoga, es como se producen las alteraciones humorales, ó las desproporciones de los elementos químicos, que se advierten en el hombre; cosa que los apasionados de la química olvidan de todo punto. A toda alteración humoral; a toda perturbación en los productos químico-vitales; a toda alteración de tejido también, preceden padecimientos que deben considerarse vitales, cuyos padecimientos forman la más legítima esencia del mal.

Sigue una explicación, quizás un tanto cuanto caprichosa, de la manera como obra el agente palúdico sobre los nervios, y detiéndose luego a probar, que un acceso de fiebre intermitente de esta naturaleza presenta el conjunto de fenómenos propios para revelar la acción de un veneno que ataca directamente a las fuerzas radicales de la economía, y la reacción de que se vale la naturaleza para espulsar el agente que amenaza extinguir la vida.

«En comprobación del carácter nervioso de las fiebres intermitentes (carácter que su intermitencia misma, su caprichoso cambiar de tipo y el hecho de ceder a los medios más extravagantes revelan) llama la atención al carácter especial de las intermitentes larvadas, al curso de las fiebres periódicas, a los fenómenos nerviosos que quedan en las apirexias, a la duración de los accesos y de la enfermedad en sí, a su terminación más general, a las recaídas frecuentes, a la facilidad en las recidivas y a la falta de lesiones anatómicas propias, pues todas las que suelen encontrarse no son más que consecuencias de este estado morbozo, y finalmente al tratamiento, puesto que los más eficaces medios terapéuticos obran energicamente sobre el sistema nervioso.»

Examina, bajo este punto de vista, la acción de la quina, del arsénico y del cloroformo, que son los medicamentos más notables, y se fija por fin en el estudio de este último medio terapéutico, empleado también contra las neuralgias y las afecciones histéricas, la epilepsia, la eclampsia, la coqueluche, el hipo, el asma nervioso, la corea, la hidrofobia, el tétanos, las enagenaciones mentales y el delirium tremens, además de sus aplicaciones esternas.

Después de explicar cómo obra el cloroformo empleado en inhalaciones, según el sentir de autores diversos, se inclina al dictamen del Dr. Bouisson, según el cual, dá la cloroformización por resultado la anulación súbita y completa de la inteligencia, de la sensibilidad y de la mayor parte de las manifestaciones vitales, acción fugaz que aparta toda idea de alteración material; y explica en estos términos su acción cuando se le ingiere en primeras vías:

«Introducido el cloroformo en la cavidad estomacal en forma líquida, y puesto por lo mismo una cantidad considerable de este agente en contacto inmediato con una superficie mucosa dotada de propiedades vitales energías, sus efectos son, *aunque dinámicos*, primero locales y excitantes en los ramos nerviosos del estómago procedentes del pneumogástrico y de los filetes que parten del plexo solar, y después específicos sobre el sistema nervioso ganglionario y espinal, transmitiéndose del primero al segundo por las numerosas relaciones anastomóticas que enlazan ambos sistemas.»

Persuadido de la acción especial y dinámica que el cloroformo ejerce, y convencido por otra parte de la naturaleza nerviosa de las fiebres intermitentes, procedió á administrarle como ya lo habían hecho el doctor americano Dallon, y en nuestra Península el Sr. Poblacion y Fernandez, y efectivamente ha reunido y presenta 19 observaciones, de las cuales 16 recayeron en hombres y 3 en mujeres, siendo en su mayor parte cuotidianas y cuartanas, sin embargo de lo cual se curaron todos los enfermos desde el 1.º al 4.º acceso.

Daremos fin trasladando la siguiente conclusión con que termina este interesante opúsculo:

«Por lo espuesto se habrá podido observar los efectos que determina el cloroformo ingerido en la cavidad ventricular, así como también las particularidades que constituyen mi método. Conforme con las ideas emitidas, el cloroformo cura de preferencia y con mucha rapidez las intermitentes, cuando coincide su aparición en sujetos nerviosos y muy irritables, las cuales algunas veces se resisten más ó menos á los alcaloides de la quina, aun asociándoles al ópio; es más barato que la quina y por consiguiente accesible á todo género de individuos; de una aplicación fácil; espuesto á poquitos accidentes, lo cual ocurre con frecuencia con las preparaciones arsenicales; de una acción segura y por lo mismo superior á todos los sucedáneos de la quina; al phyalis alkekengi de Gendron; al hidroferrocianato de potasa y urea del Dr. Baud de Bouganen; al cloruro de óxido de sodio del Dr. Thomas, de Nueva Orleans; á las ventosas secas del Sr. Gondret; á las fricciones con aceite de trementina y laudano de Rousseau, ora según Elias de Bellemontre ó bien el Dr. Maillet; á los baños de chorro fríos de Fleury, etc., etc.; en vista de lo cual, creo poder resumir lo dicho en este escrito en las siguientes proposiciones:

1.ª Las fiebres intermitentes son afecciones de índole nerviosa, en que pervertida la acción de este gran sistema, desarrolla la naturaleza la fiebre, ora con el objeto de espulsar un agente miasmático que ataca directamente á la vida en las específicas, ó bien para regularizar los trastornos nerviosos que tienen lugar en las espontáneas, combinándose la fiebre dicha en la mayoría de casos con los elementos febriles inflamatorio, gástrico, bilioso, mucoso ó catarral, según las condiciones individuales del sujeto afecto.

2.ª Respirando los vapores del cloroformo, ejerce este una acción primitivamente dinámica, de carácter específico, sobre el sistema nervioso: 1.º de la vida de relación, y 2.º de la vida orgánica; ingerido en la cavidad estomacal en forma líquida determina una acción tónica excitante y poco durable, primero sobre los ramos nerviosos del estómago, y en seguida dinámica y específica en el sistema ganglionario y espinal.

3.ª La teoría y la experiencia clínica vienen en apoyo de los buenos resultados del cloroformo ingerido en el estómago para la curación, hasta ahora, de las intermitentes regulares de diversos tipos.

4.ª Este tratamiento no excluye las preparaciones de quina y sus alcaloides, así como del arsénico, sino que debe considerarse como un medio más, sumamente eficaz, con el que puede contarse, especialmente en las intermitentes que se presentan en individuos nerviosos y muy irritables en que suelen fracasar los preparados quinoideos.

5.ª El método preferible y que yo he propuesto es, después de combatir los estados que complican á la fiebre intermitente, empezar á administrar el primero y segundo día media dracma de cloroformo puro asociado á dos onzas de jarabe simple, para tomar á cucharadas pequeñas cada tres horas consumiendo el total en las veinticuatro, y cuyas cucharadas deben duplicarse durante el acceso; si no hubiera cesado la fiebre al tercero, se elevará el cloroformo á una dracma en el mismo escipiente, y luego que termine del todo la accesión, se irán rebajando las dosis hasta que queden en seis gotas en las veinticuatro horas en una onza de jarabe simple; después se suspenderá el medicamento por cinco días, y se volverá á administrar desde media dracma en las veinticuatro horas hasta seis gotas por espacio de siete días.

6.ª Todos los enfermos de fiebres intermitentes, que he sometido á esta medicación, se han curado con prontitud, firmeza, y sin ningún género de complicaciones.»

M. A.

ESTUDIOS CLINICOS.

Tisis laringea curada por los saludables esfuerzos de la naturaleza (1).

Doña M. N., de 28 años, casada, temperamento linfático-nervioso, constitución deteriorada, habitante en

(1) Llamamos la atención de nuestros lectores hácia esta curiosa observación, redactada bajo un espíritu verdaderamente hipocrático y práctico; y damos las gracias por habérnosla dirigido á nuestro ilustrado y apreciable compañero Sr. D. Modesto Pastor. (L. D.)

esta Corte, y madre de tres niños, tuvo el primer periodo menstrual á los 15 años, sin que jamás notase faltas en tal evacuación periódica, siquiera sus cualidades fuesen las que indican el empobrecimiento de su organización, excepto en los dos embarazos anteriores á la época á que nos referimos.

Madre celosa, y llena de abnegación para anteponer las molestias de la lactancia á la hermosura de su tez, desoía constantemente los consejos prudentes de la ciencia, alimentaba por sí á sus hijos, hasta que la sabia naturaleza necesitando el precioso liquido disminuía su escrescencia; y llegados los tres meses para el primer niño, y los cuatro para el segundo, esta función se suspendía en totalidad, sin que medio alguno bastara á sostenerla un día más. La lactancia artificial, de mil modos combinada, substituyó á la natural en ambos casos; dando en ellos por resultado una *tabes mesentérica* que cortó el hilo de la vida á ambos niños antes de los cuatro años, á pesar de poner en juego cuantos recursos tiene la ciencia para tales accidentes.

Restablecida esta señora del segundo puerperio, se iniciaron algunas metrorragias de sangre poco plástica, que si bien cortas y fáciles de cohibir las primeras veces, tenían condiciones opuestas después, hasta que cesó la lactancia; notándose ya una *tusicula* que molestaba lo suficiente para impedir el sueño algunas horas de la noche. A este sintoma siguieron un dolor fijo en la laringe, que se exacerbaba á la presión y deglución, alteración de la voz, expectoración mucosa-purulenta estrada de sangre con frecuencia, disnea, fiebre continua con recargos vespertinos, precedidos de un ligero frío algunas veces, apetito irregular, sed aumentada por la noche, movimiento de vientre alternado entre el estreñimiento y la diarrea, y como consecuencia de tan profundas alteraciones en su ya débil organismo, la demacración.

La dieta láctea, los opiados, los revulsivos locales, ora inmediatos, ora distantes de la laringe; las bebidas pectorales, las inspiraciones emolientes, calmantes, anti-espasmódicas, etc., todo iba siendo inútil, y la enferma sucumbía bajo la acción destructora de una *tisis laringea*.

Los días pasaban; el estado de la enferma permanecía neutral, á pesar del tratamiento farmacológico de diferentes modos combinado.

Llegó un momento en que la fiebre era menos intensa, los síntomas laringeos menos molestos y la nutrición algo mayor al parecer, coincidiendo con las apariencias también más lisonjeras en el estado general de la paciente, marchando *todo* tan bien, que llegué á creer hasta un error de diagnóstico. De todo me di razón cuando supe, con admiración, que se hallaba en nueva gestación.

Con tal noticia, mi pronóstico varió, si no en gravedad, al menos en la época en que el triste desenlace tendria lugar; y así también lo manifesté á sus interesados.

En efecto, los síntomas locales y generales disminuían de intensidad cada vez, la tos menos frecuente, la expectoración más escasa, llegando á ser simplemente mucosa; el apetito y las deposiciones ventrales se regularizaron, la sed desapareció, la nutrición se restableció, y por último tuvo lugar la convalecencia, llegando á abandonar la cama esta señora, y dándole el *alta*; mas no sin advertir á su familia tendrian lugar los mismos sucesos patológicos, y acaso con más intensidad, cuando volviera á ser madre. Estábamos en el quinto mes del embarazo.

La curiosidad, y el deseo al propio tiempo de contribuir á robustecer las condiciones físicas de esta señora, me inclinaban alguna vez á verla en su casa, donde la observaba tranquila y ocupada en las labores de su sexo, aprovechando estas visitas para hacer algunas ligeras modificaciones en el plan dietético é higiénico que al efecto le tenía dispuesto.

El 22 de diciembre del año próximo pasado sintió repentinamente un malestar general, algunos dolores en la region lumbar que se irradiaban detrás de los pábis, y fluir por los genitales esternos alguna pequeña cantidad de agua. Al instante se me avisó, mas no hallándome en casa en aquel momento, retardé mi presencia; y al personarme encontré á doña M. N. en cama, teniendo á su lado un niño de todo tiempo, poco nutrido, que un profesor de cirugía, llamado en el acto, habia recogido; estando ya á la llegada de este en el suelo, pendiente del cordón umbilical, y sin que ninguno de la casa se determinase á cortar la vía de alimentación entre la madre y el nuevo sér.

Al verse la parturienta en tan aflictiva situación, su moral se afectó sobremanera, el rigoroso frío de la estación coadyuvó para que la vida reconcentrada en el interior la pusiese en estado de un inminente peligro, como lo indicaba la contracción de sus facciones, el hundimiento de los ojos, el frío general con temblor, los vómitos frecuentes, la pequeñez suma del pulso, y algunos otros síntomas nerviosos, que muy oportunamente empezaban á ser socorridos por el profesor que por el momento me substituyó, y cuyo nombre siento no recordar.

Las bebidas teiformes, las antiespasmódicas con alcohol de canela, los sinapismos ambulantes, los ladrillos y botellas calientes, el abrigo, la quietud, etc., fueron poco á poco volviendo la vida del centro á la periferia, sin cuya reacción hubiera muy pronto dejado de existir.

A pesar de todo, la matriz se contrajo al espeler el feto, lo suficiente para evitar toda hemorragia, no obstante estar todavía implantada la placenta; en cuyo interior permaneció resistiéndose á las tracciones suaves que de tiempo en tiempo practicaba yo del cordón umbilical: mas viendo que por una parte la reacción se iba presentando franca y que por otra no ocurría acciden-

te alguno que pudiera comprometer la vida, permaneci simple espectador de la naturaleza, cuya obra vi coronada á las diez y seis horas.

Al tercero día se presentó la fiebre puerperal, los pechos se abultaron bastante, los loquios salían sin alteración, y todo, en fin, presagiaba un desenlace feliz. En la noche de este mismo día la puerpera tuvo necesidad de beber, y por no despertar al encargado de su asistencia, que se habia dormido incidentalmente, tomó medio vaso de agua panada á la temperatura de la estación.

Al poco rato sintió algo de frío por la espalda, que fué aumentando, que se generalizó á todo el cuerpo, que fué seguido de cefalalgia, de alguna contracción en las facciones, flacidez de las mamas, dolor en el hipogástrico é hipocóndrios, supresión de los loquios, sed, anorexia, vómitos biliosos, meteorismo, fiebre é imposibilidad de adoptar los decúbitos laterales.

La dieta, las decocciones de escorzonera y culantrillo, las aplicaciones de sanguijuelas por dos veces repetidas á los puntos del dolor, los linimentos calmantes y cataplasmas emolientes, los enemias atemperantes, las fricciones mercuriales asociadas al ópio sobre el hipogástrico é hipocóndrios, etc., hicieron desaparecer á los quince días la *metro-peritonitis-puerperal* consecutiva á la bebida del agua citada á la temperatura del mes de diciembre, y cuyo accidente comprometió de nuevo la existencia de mi cliente; siendo necesario todo lo referido para que se convenciera de lo útil que le era no criar por sí al producto de su concepción.

Con el auxilio de los medios indicados últimamente como base del tratamiento, se calmaron completamente todos los síntomas de la metro-peritonitis, excepto la fiebre, que si bien menos intensa, era continua. La tos, que por algunos meses apenas dió muestras de su existencia, tomaba mayor incremento; siguiendo á esta sucesivamente todos los síntomas espuestos de la tisis laringea, y que por lo mismo me abstengo de repetir; pero con la diferencia que como se sembraba en terreno labrado de antemano, la germinación era más pronta, y los progresos de la semilla patológica más rápidos. La expectoración iba acompañada de algunas porcioncitas de la mucosa laringea, la palabra apenas inteligible, necesiándose aplicar el oído á la boca de la enferma, el insomnio, la debilidad suma, síntomas todos cuyo conjunto confirmaba desgraciadamente mi pronóstico de hacia cinco meses.

No dándome resultado los medios de curación indicados, y frustrándose más cada día mis esperanzas, creí oportuno consultar el parecer de algun compañero, y al efecto la familia me proporcionó la satisfacción de oír en consulta la respetable opinion del Dr. D. José Rivas, quien después de admirar el número y clase de dolencias por que mi enferma habia pasado, convino en la gravedad del caso, al par que en el diagnóstico.

El día anterior á esta entrevista científica, se me quejó la enferma de un dolor, que naciendo en la corva izquierda iba á morir en la parte media del tendon de Aquiles, teniendo su mayor intensidad en la pantorrilla, dolor que la molestaba mucho, que no se aumentaba al tacto, que no alteraba el color de la piel, ni el volumen de esta parte del miembro inferior.

Las embrocaciones oleosas opiadas, las cataplasmas anodinas, y un grano de ópio cada noche (1), no servian ni para ligeramente paliarlo.

Pasados cuatro días, sin que un solo momento permitiese dicho dolor descansar á la paciente, observando que los movimientos de la pierna afectada eran cada vez menos fáciles, y el pulso filiforme; reflexionando además cual de las dos entidades morbosas, dolor ó tisis, apagaría más pronto la débil llama de su existencia, propuse segunda junta por no determinarme por mí, en tales circunstancias, á practicar una evacuación sanguínea local, único medio que mi mente encontraba ya para obtener algun reposo. Esta segunda conferencia, con el mismo Dr. Rivas, decidí mi opinion, no sin dudar ambos del éxito. Ocho sanguijuelas se aplicaron en toda la estension de los dos tercios superiores y parte posterior de la pierna mencionada; dejando recetados antes unos polvos hemostáticos por si la falta de plasticidad de la sangre la hacia fluir demasiado. Ya efecto de la evacuación de sangre, ya de dos granos de ópio que aquella noche tomó la enferma, pudo conciliar el sueño cuatro horas, consiguiendo con esto alguna ligera reparación en sus fuerzas radicales.

La pierna, obedeciendo cada vez más á la acción de sus flexores, estaba casi pegada al muslo, y sin haber cambiado la palidez de su piel, se presentó al próximo día tumefacta, dolorosa al tacto, con un aspecto análogo al de la flegmasia *alba dolens*, pareciéndome notar algo de fluctuación, aunque profunda. Un pedazo de hule de seda, y fricciones con bálsamo tranquilo y ungüento amarillo, la dispuse entonces.

La noche la pasó desvelada por el citado dolor, cuya molestia secundó también la tos; la fiebre fué muy alta, la voz algo más clara, mayor tumefacción edematosa de la pierna, con una rubicundez erisipelatosa del diámetro de media pulgada en su parte media y posterior; fluctuación manifiesta en este mismo punto.

Una dilatación con el bisturi dió salida á un pus fétido, espeso, abundante en tejido celular, esfacelado, y en la enorme cantidad de más de dos cuartillos. Colocado un vendaje espiral en toda la parte inferior á la dilatación, introducido un lechino en esta, y encima una planchuela de cerato simple, sujeté todo con un vendaje de galapago. Nuevas y grandes cantidades de la misma clase de pus salieron en los tres primeros días, aunque la cura era doble, hasta que terminados estos empezó á decrecer la cantidad y mejorar su calidad, cesaron las

(1) Tomaba este calmante por la tos hacia tiempo.

porciones esfaceladas, y sucesivamente tomaba este líquido los caracteres del *laudable*, cesando de salir enteramente a los veintiseis días.

Conforme la supuración de la pierna disminuía, los síntomas laringeos sufrían modificaciones ventajosas; la expectoración se hizo simplemente mucosa, la tos menos incómoda, la fiebre más pequeña, el apetito se restablecía, y para decirlo de una vez, los gritos con que la naturaleza espresaba el asiento en ella del agente patológico, iban siendo más graduados; hasta que por último cesaron del todo cuando ya el manantial purulento de la pierna se agotó..., entrando la enferma en plena convalecencia.

Los ferruginosos, los tónicos y cuanto constituye un plan terapéutico, dietético e higiénico reconstituyentes, se pusieron en acción para llevar a efecto esta especie de resurrección, la que se completó en Navalcarnero, cuyos chapiteles vieron nacer a nuestra protagonista, y en cuyo punto cesó también el predominio de acción de los flexores de la pierna respecto de sus estensores, que estos fueron insensiblemente recobrando su antagonismo, hasta que el tiempo y algunas embrocaciones a la parte juzgaron la cuestión por completo. Un año ha transcurrido sin que esta señora haya vuelto a sentir novedad en su salud; hoy pasea las calles de esta Corte robusta y llena de vida, sin que en su semblante ni en el desempeño de sus funciones se note la más pequeña huella de padecer, pues hasta ha mejorado la calidad de sus menstruaciones, barómetro del estado normal de la mujer.

A pesar de lo notable de este caso patológico, por ser poco frecuentes resultados del género del que nos ocupa, perdería mucho de su valor nosológico a no surgir de él algunas consideraciones.

La tisis laringea, cuyos síntomas cesaron con el embarazo, ¿se curó durante este, ó quedó solo mitigada á espensas de la nueva función que se desempeño? No habiendo causa ostensible que diera lugar á una segunda enfermedad laringea, estamos autorizados para creer, y así es en efecto, que absorbiendo la atención toda de la naturaleza la más interesante de sus funciones, la gestación, se olvidó, permitaseme esta palabra, de lo que la tenía ocupada; y cuyo fenómeno dejó ya hace 23 siglos consignado el por tantos títulos famoso Hipócrates cuando dice: «*Duobus doloribus simul abortis, non in eodem loco, vehementior obscurat alterum. Sect. II, aph. 46, ex therap.*»

Tan cierto es esto, tan indeleble es el sello que la experiencia ha grabado sobre este aforismo convertido ya en axioma médico, que no hay individuo, por escasa que sea su práctica, que no haya tenido ocasión de verlo confirmado en sus enfermos, que no haya visto suspenderse la marcha destructora de una tisis durante la gestación, para luego, libre de esta, cebarse más sobre la que había destinado ya para su víctima. Tal es lo que sucedió en el caso actual. La tisis laringea tomó unas proporciones, que sin duda hubiera acabado con la enferma; mas al presentarse la gestación los síntomas de aquella perdieron de intensidad, hasta ser imperceptibles; pero no por esto la tisis estaba curada, como se infiere del curso de la historia.

Que el absceso de la pierna fué quien salvó después á esta enferma de una muerte segura, no necesita comentarios; la exposición de los hechos habla más alto que cuanto yo pudiera decir. Si la presentación de este absceso se presta á alguna explicación, es lo que ahora voy á examinar.

Pudo ser simplemente flegmonoso. Pero ni hay causa que lo explique, ni los síntomas locales, el aspecto de los tejidos, la cantidad y cualidades del pus, la rapidez en su formación, ni menos las condiciones de la paciente, nos dan luz alguna que nos sirva de guía para llegar á este extremo.

Pudo ser la flegmasia *alba dolens*, patrimonio de las puerperas.

El presentarse esta dolencia con predilección en la parte superior y especialmente interna del miembro inferior, siguiendo la dirección del paquete vasculo-nervioso, la rubicundez más ó menos marcada que la acompaña siempre, la exacerbación del dolor al tacto en el indicado trayecto, la tumefacción general de la parte afecta, su presentación de arriba abajo ó sea del muslo á la pierna, etc., son otros tantos caracteres que hacen me separe también de este camino.

Pudo ser hijo de una flebitis esterna puerperal, y el pus transmitido por las venas y los linfáticos al punto donde se encontró el absceso.

Nada violento sería creer esto, á no hallar como contrapeso en la balanza de la razón, el número infinitamente reducido de las enfermas que se curan cuando los órganos de la circulación de sangre negra son portadores de supuraciones abundantes, sea por otra parte cualquiera la causa que lo determine. Además, cuando el pus es transmitido por tales vías, se deposita, desgraciadamente, en órganos de un interés más directo para la vida; y únicamente hay lugar á las colecciones purulentas intermusculares, cuando algunas visceras, sobre todo del pecho y vientre, han sido ya objeto de predilección, contribuyendo así al triste resultado propio de esta clase de flebitis.

Si lo dicho no es suficiente para darnos razón del por qué de la presentación del absceso en el punto indicado, sino encontramos tampoco relación alguna anatómica, fisiológica ni patológica que nos indique el cómo pudo este absceso formarse en la pierna y tan repentinamente, forzoso será repetir con el mismo Hipócrates: *Quibus ex morbo resurgentibus aliquid dolet, ibi abscessus sunt. Sect. IV, aph. 32, cris. doct.* Y continúa: *Qui aliis quidem eveniunt in partibus infernis si quodammodo inflammati fuerint precordia, etc. Sect. II, aph. 74.* Y añade:

In vehementi periculosaque, non inutiliter in cruribus nascuntur abscessus. Nam et eger á periculo liberatur, et abscessus doloris expers celerrime conquiescit. Sect. II, aph. 72, ex pronost.

Concluiré, pues, diciendo que la curación de la tisis laringea objeto de esta historia, fué debida á la crisis que la naturaleza se proporcionó por medio del gran revulsivo establecido con el absceso de la pierna, y con cuyo benéfico esfuerzo se descartó del agente mórboso que de ella se había posesionado desde más ó menos tiempo; y aunque de este fenómeno saludable, como de tantos otros, no sepamos darnos razón satisfactoria, no por ello son menos ciertos sus resultados.

Madrid 11 de mayo de 1839.

Dr. Modesto Pastor.

PRENSA MEDICA.

OBSTETRICIA.

Palanca: del uso de este instrumento en el arte de los partos.

Segun vemos en la *Presse médicale belge*, en una interesante memoria que con este título ha publicado la Sociedad de medicina de Gante, el Dr. COPPÉE tiene por objeto dar á conocer las razones que le mueven á preferir el uso de la palanca al del fórceps en los partos difíciles.

Sabido es, dice, que para los autores franceses la palanca parece ser un instrumento peligroso que hace mucho tiempo ha caído en olvido; los ingleses, por el contrario, le estiman en mucho é indican los brillantes resultados que le deben. Desde hace muchos años la palanca es empleada por diferentes comadrones de Gante: el difunto profesor VERBEECK le elogiaba con frecuencia, y el Dr. BODDAERT en una notable memoria publicada en 1849 ha contribuido no poco á vulgarizar su uso.

El Sr. COPPÉE, que desde hace 10 años emplea frecuentemente la palanca, ha podido convencerse de que con este instrumento, que es antes que todo un medio de presión, es necesario emplear mucha menos fuerza para hacer salir la cabeza que con el fórceps, que no es más que un instrumento de tracción. Las demás ventajas que en dicho instrumento reconoce son las siguientes:

- 1.º Puede aplicarse sin necesidad de ayudante, y su aplicación es mucho más fácil que la del fórceps.
- 2.º Bien manejada, la palanca imita ó facilita el mecanismo del parto natural.
- 3.º Aplicada en el estrecho superior, obra directamente de arriba abajo y de delante atrás, es decir, en la dirección del eje de este estrecho.
- 4.º En casos de estrechez del diámetro sacro-púbiano disminuye el diámetro de la cabeza en el sentido de la estrechez de la pelvis.
- 5.º En el momento del paso de la cabeza al través del estrecho, angostado ó reducido de diámetro, aumenta este por medio de la distensión de los ligamentos de la pelvis.
- 6.º En igualdad de circunstancias exige por parte del comadron un esfuerzo mucho menos considerable que el fórceps.

La palanca empleada en Gante recuerda el instrumento de ROONHUYSEN. Es una lámina de acero, más estrecha y gruesa en su base, que está fija en un mango de madera, y más ancha en su extremidad libre, en cuyo punto mide como cosa de una pulgada. Esta lámina está ligeramente encorvada por una de sus caras. La lámina ó hoja y el mango reunidos tienen doce pulgadas de longitud.

Para aplicarla se da á la mujer la posición transversal; las nalgas sobresalen todo lo posible del borde de la cama, y las piernas en abducción se apoyan en sillas. Se sonda á la mujer si no ha orinado; el comadron con los dos primeros dedos de la mano izquierda y con la cara palmar de la misma, coje ó engancha el labio anterior del cuello uterino; con la mano derecha coje la palanca previamente untada de aceite y calentada, la conduce casi de plano contra el periné y la insinúa entre la pared uterina y la cabeza del feto, en términos que la cara cóncava del instrumento se adapte á la cara convexa de la cabeza de la criatura. Durante los dolores se levanta el mango del instrumento hacia el vientre de la madre, y la presión que se ejerce sobre la cabeza hace que esta avance en la dirección del eje del estrecho superior. Si la palanca debe aplicarse al estrecho superior, su corvadura no puede menos de ser ligera. Muchos prácticos han desechado la palanca, disgustados de ella, tan sólo por haberse servido de un instrumento demasiado encorvado.

La palanca, como instrumento de obstetricia, es una palanca de primer género. Fija su punto de apoyo en uno de los puntos del arco del púbis; la resistencia reside en la cabeza del feto, que se trata de mover, y la potencia en la mano del comadron que levanta el mango del instrumento. Hallándose el punto de apoyo en el púbis, es de regla no apoyar en el conducto de la uretra de la mujer y no ejercer sino un esfuerzo racional. En los casos difíciles, cuando el esfuerzo debe ser considerable, es prudente cubrir de caoutchouc la parte de la hoja que apoya sobre el púbis y cambiar con frecuencia de punto de apoyo, para no contundir las partes blandas.

Antes de recurrir á la aplicación de la palanca es indispensable conocer bien la posición de la cabeza, porque aquella no está destinada á obrar sino sobre las partes huesosas del cráneo de la criatura, sobre el occipucio, la sien ó la apófisis mastoides.

La palanca bien manejada es un instrumento eminentemente inteligente: hace ejecutar á la cabeza los diversos movimientos del parto fisiológico. A ella debe recurrirse, dice el Sr. COPPÉE, en los casos de estrechez del diámetro antero-posterior del estrecho superior, cuando este diámetro tiene una extensión de tres pulgadas por lo menos.

He aquí los casos en que el autor considera contra-indicado el uso de la palanca:

1.º Cuando la cabeza está á punto de franquear el estrecho inferior, ó cuando el occipucio se halla ya encajado en parte debajo del arco del púbis, á menos que se la aplique ligeramente por debajo de la mandíbula para desdoblarse la cabeza.

2.º Cuando el periné resiste con mucha fuerza, porque entonces vale más emplear el fórceps que impide que la cabeza salga bruscamente, y evita así desgarraduras en puntos en que la expulsión espontánea de la criatura las había producido.

3.º En la tercera y cuarta posición de vértice, cuando la cabeza ha llegado á la escavación ó al estrecho inferior, porque entonces el instrumento se aplicaría de lleno sobre la cara de la criatura.

4.º En las presentaciones de cara cuando el menton corresponde al púbis, porque la palanca aplicada debajo del púbis, va á tomar su punto de apoyo sobre el menton, tal vez sobre la parte anterior del cuello de la criatura.

En las posiciones de cara ya muy adelantadas, el fórceps es preferible á la palanca.

En apoyo de las consideraciones que preceden, el autor refiere ocho ejemplos de partos laboriosos terminados con la palanca; y concluye su trabajo declarando, que con el uso de este instrumento no ha tenido que deplorar ningun caso de lesión persistente de la vejiga ó del conducto de la uretra.

DERMATOLOGIA.

Eczema de las manos; pomada contra esta enfermedad.

El Sr. N. GUILLOT, médico del hospital Necker, trata con buen resultado el eczema de las manos por medio de la aplicación de una pomada compuesta del modo siguiente:

Manteca. 30 gramos (1 onza.)
Subcarbonato de sosa.
Aceite de énebro.
Brea.
. á á de 2 á 4 gramos (de 1/2 á 1 dracm.)

FORMULARIO.

De la sección de *Pharmacologie del Art dentaire*, tomamos las siguientes fórmulas consignadas en el número correspondiente á abril último:

Jabones de las sustancias narcóticas.

Estas preparaciones (dice el Sr. RICHINI), que son mejor absorbidas que las preparaciones oleosas y las pomadas de las sustancias narcóticas, se obtienen de la manera siguiente: se toman 25 granos de jabon de sosa puro, cortado en pedacitos muy pequeños, y se les reblandece por medio del baño de maria en 20 gramos de agua destilada, y después se añaden 2 gramos del extracto alcohólico que se quiera, con c. s. de alcohol á 36º para dividir el extracto.

Polvo dentífrico.

Tartrato ácido de potasa. 450 gramos.
Alumbre calcinado. 10 id.
Cochinilla. 8 id.

Vinagre de Lavanda contra los dolores de muelas.

Vinagre muy fuerte.
Alcoholado de Lavanda.
. á á 100 gramos.

Mézelese.

Una cucharada de las de café como odontálgico en un vaso de agua.

Cáustico opiado, por el Sr. BAUDOUIN.

Extracto gomoso de ópío. 0,03
Arsénico blanco. 0,001

LLénese la cavidad dolorida primero con esta mezcla y luego, hasta la superficie, con cera blanca.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERRA.

PARTE OFICIAL.

SANIDAD MILITAR.

REALES ÓRDENES.

14 de junio. Trasladando al hospital militar de Valencia al primer médico del de Ciudad-Rodrigo D. Pedro Escuder y Tormenti.

Id. id. Destinando al hospital militar de Ciudad-Rodrigo al primer médico D. Juan Moro y Vega, que sirve en el de Valladolid.

Id. id. Concediendo cuatro meses de Real licencia para hacer uso de los baños de Vichy (en Francia), al primer ayudante médico D. José Sumi y García.

Id. id. Concediendo abono de tiempo de servicios para los derechos pasivos, al practicante de medicina del hospital militar de Ceuta D. José Velez y Herrera.

Id. id. Id. id. al de la misma clase D. Ignacio Mendez.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Sesion del 16 de junio de 1859.—Presidencia del Sr. Leganés.

Empezó la sesión a las cuatro y media con la lectura y aprobación del acta de la sesión anterior.

Seguidamente se dió cuenta por secretaria de haberse recibido:

El núm. 6 de la *Revista de los progresos de las ciencias*.

Una comunicacion del director del Observatorio astronómico remitiendo los resúmenes de las observaciones semanales y de la mensual del mes de mayo.

Los opúsculos siguientes:

Visite aux enfants cretins de l'Abendberg, por el Dr. Seux.

Die Rettung der cretinen, por el Dr. Froriep.

Une visite a l'abendberg, por el Dr. Scoutetten.

The wonders of the abendberg, por L. Gaussen.

Die cretinen heilanstalt die auf den abendberg, por el Dr. Guggenbühl.

Se recibieron con aprecio y se destinaron a la biblioteca.

El Sr. Presidente concedió la palabra al Sr. Mendez Alvaro para continuar la discusión sobre Hipócrates y las escuelas hipocráticas, y este señor académico continuó la lectura de su discurso hasta dejarla terminada.

Y como hubiese trascurrido entonces el tiempo destinado a la sesión, se levantó la de hoy por el Sr. Presidente, de que certifico.—El secretario de gobierno, MATÍAS NIETO SERRANO.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

JUNTA DIRECTIVA.

Circular a las Juntas delegadas.

Estando para concluir el primer semestre de este año, se previene a las Juntas delegadas que, en cumplimiento de lo prescrito en el art. 97 del Reglamento de esta Sociedad, remitan a esta Directiva, a principios de julio próximo, la *cuenta general de ingresos y gastos* habidos en el semestre espresado; para lo cual recibirán por el correo de este día las *hojas impresas* a que el mismo artículo se refiere.

Madrid 25 de junio de 1859.—El presidente, Tomás Santeiro.—El secretario general, Luis Colodron.

SECRETARÍA GENERAL.

Aviso a los socios.

Estando ya en poder de las Juntas delegadas los ejemplares de Estatutos y Reglamento de esta Sociedad, deberán los socios recoger el que les corresponde, en las tesorías respectivas, al hacer el próximo pago ó cuando gusten.

Madrid 25 de junio de 1859.—El secretario general, Luis Colodron.

Se recuerda a los socios que estuvieren en descubierto del 2.º pago de cuota de entrada, que el último día del mes actual concluye el tiempo de pago; y que trascurrido que sea, perderán los derechos los que no hubiesen recogido su carta de pago.

Madrid 25 de junio de 1859.—El secretario general, Luis Colodron.

VARIEDADES.

Academia de medicina de Madrid.

El jueves 16 del corriente celebró esta corporacion sesion pública, en la cual el Sr. MENDEZ ALVARO continuó la lectura de su largo discurso, la cual terminó llenando la hora de sesión. Dió principio por el 9.º punto de su programa que lleva por título: *¿Qué influencia han ejercido las escuelas hipocráticas sobre el hipocratismo?*

Comienza el señor académico admirándose de que «el Sr. MATA haya podido encontrar en la diversidad de las escuelas hipocráticas antiguas y modernas un argumento concluyente contra la doctrina de Hipócrates», y repasando, al mismo tiempo que haciendo elogios, de los puntos más cardinales del hipocratismo, en cuyos fundamentos hay conformidad entre las escuelas hipocráticas, se detiene bastante en la importancia práctica de la *fuerza medicatriz*, al paso que señala los motivos de la disidencia en puntos accesorios. En esta parte de su discurso encontramos el siguiente párrafo que queremos copiar íntegro, como algunos otros, a fin de corregir el asentimiento que algunos puedan haber dado a aquellos argumentos del Dr. MATA, en los cuales, sin razon alguna, tilda a los hipocráticos de reaccionarios y enemigos de todo progreso, llamando contra ellos la atención desfavorable de espíritus poco maduros, pero de saludables y espontáneas tendencias al progreso científico, por el cual todos suspiramos.

«Nada importa pues (y quiero hacer muy corta parada en un asunto que me parece liviano y de poco momento) que hayan discordado antes, que estén ahora mismo en desacuerdo sobre ciertos puntos secundarios de doctrina las escuelas hipocráticas. La base subsiste, y solamente se trata ya de levantar sobre ella la ciencia moderna, aprovechando lo

bueno y acomodando lo que han producido los tiempos. Por aquí se ve cuánto disto yo de creer que dejara Hipócrates la ciencia enteramente formada: buscó el firme, sentó los cimientos, observó profundamente, é indujo ciertas generalidades importantísimas, cuya exactitud han confirmado los siglos en vez de debilitarlas.

«Esas escuelas hipocráticas del día, y la organicista (que de modo alguno puede considerarse ya como materialista y apartada del hipocratismo) se unirán en una sola, y aprovechando los conocimientos y los datos suministrados por las ciencias físicas, químicas y naturales; y siguiendo un buen método experimental y de inducción; y llamando en su ayuda a la anatomía, la fisiología y la patología comparadas, y atendiendo muy preferentemente a las indagaciones etiológicas y patogenéticas, elevarán sin duda alguna la ciencia a la altura y a la perfección que tanto anhelamos.»

Contesta despues al Sr. MATA sobre la escitacion que este le hizo para que «manifestara los puntos en que han convenido y aquellos en que han discrepado las escuelas hipocráticas presentes y de los anteriores siglos», y repite aquí, extractando los argumentos consignados ya en su discurso, antes de la escitacion referida. Insiste en los principios fundamentales del hipocratismo: en la idea de que las escuelas hipocráticas solamente difieren en los accesorios, y consigna otra vez, que los que nos honramos con el dictado de hipocráticos no aceptamos por eso lo erróneo que Hipócrates pueda contener en su doctrina, ni mucho menos todo lo que de igual indole tengan todos los hipocráticos posteriores, y a este propósito dice lo siguiente:

«Si nosotros dijéramos al Sr. Mata, una vez reconocida su propension al iatro-quimismo, que es esta doctrina detestable, extravagante y nula, porque los Paracelsos y los Silvíos, y los Willis y otros incurrieron en los más estupendos errores, ¿no tendría motivo para responder que era muy desatinado el confundir con aquellos a los hombres que en el día enarbolan tímidos y vacilantes la bandera materialista del humorismo iatro-químico? Pues tal es la contestacion que nosotros damos a cuantos pretendan calcar sobre nuestras doctrinas los errores en que hayan incurrido ó puedan incurrir en adelante los hipocráticos.»

Concluido el punto 9.º de su discurso, entró a ocuparse el Sr. MENDEZ ALVARO de la contestacion a las conclusiones que el Sr. MATA se sirvió presentarle en su último discurso (véase El SIGLO MÉDICO, núm. 282). No es posible hacer un extracto fiel de estas contestaciones: ellas resúmen, digámoslo así, todo el discurso, y por tanto, opinamos que mejor será publicarlas íntegras, a lo cual nos decidiremos en cuanto nos veamos algo más desahogados de original. Por ahora pasaremos a dar una idea de las *Consideraciones finales*, última parte de este discurso.

Despues de algunas breves observaciones resumiendo la doctrina del discurso inaugural, y antes de entrar en el exámen «de lo que encierran entre palabras tan copiosas los repetidos y prolivos discursos de su digno adversario en materia de ciencia», pregunta el señor MENDEZ ALVARO:

«¿Tiene mi apreciable compañero doctrinas médicas nuevas, originales, que revelar y sostener, ó se limita su intento, como estoy por creerlo, a mostrar que la ciencia del día alcanza ventajas sobre la medicina de Hipócrates? En el caso primero, sirvase revelar sus originales doctrinas; porque hasta el presente no ha hecho más que mostrar ciertas tendencias físico-químicas, dar a conocer cautelosamente su afición al neo-quimismo, esbozar con débiles rasgos un porvenir exclusivamente material a la ciencia. Y en el segundo caso, en el de reducirse a la defensa de la medicina actual, a probar las conquistas que ha hecho nuestra ciencia desde Hipócrates, dejemos de malgastar en cosas tan vanas un tiempo precioso para hombres ocupados, puesto que necesariamente hemos de resultar conformes, por repetidos que sean los esfuerzos y grande la habilidad de mi apreciable amigo para empujarnos hacia atrás, como lo viene haciendo, género de progresion ciega y contra natural que rechazamos apresuradamente. No es la retaguardia, no, para nosotros, siquiera hagamos aprecio de las cosas antiguas que lo merecen: gustamos, al contrario, de ir siempre a la delantera; mas sin perder para ello terreno, antes dejando ocupadas y guarnecidas las tierras y fortalezas que conquistamos: ó la medicina actual no es la medicina del Sr. Mata, y en ese caso mejor que a él nos corresponde a nosotros defenderla, por hallarse principalmente fundada en nuestra doctrina, ó siéndolo resulta que el digno catedrático no encierra en su mente ni aun el germen de una medicina nueva. Elija de estos dos extremos el que más le complazca: si dá al primero la preferencia, está con nosotros, no es puramente materialista, por más que tenga en la debida consideracion a la materia, como que en ella se encierra por lo menos la mitad del gran problema fisiológico-médico. También nosotros estudiamos la materia, la sustancia animada ó no de que estamos compuestos, y la concedemos toda la importancia que merece y realmente tiene; como estudiamos los fenómenos de su animacion, en una palabra, las leyes vitales. Y si al contrario elijere el segundo extremo, forzoso le es desear *necesaria y absolutamente* la fisiología y la medicina actual, en cuanto no sea con *todo rigor* materialista; y entonces las desecharía casi por completo, acreditando a la par que han sido vanos los presuntos progresos hechos por la ciencia desde Hipócrates hasta el día, con lo cual se contradiría de la manera más incomprensible. Podría diluir ó esplanar muchísimo este pensamiento; pero lo supongo innecesario para las cultivadas y rectas inteligencias, de paso que perdido y ocioso para aquellas que desde luego y por sí solas no le comprendan.»

Y despues, para entrar en dicha materia, dice lo siguiente:

«Un superficial exámen basta para descubrir en los discursos de tan ilustrado académico profuso follaje, si bien matizado de fragantes y vistosas flores, grato a la vista y de-

licioso para el olfato; pero mermado y escaso de sazonado y maduro fruto. ¿Qué cosa de verdadera utilidad se descubre a la postre en esas amenísimas y agradables peroraciones? Tengo que ser franco, por mucho que lo sienta. Nada, absolutamente nada, sino es una vaga y lejana aspiracion, rodeada de dificultades y de contingencias.

«Me he equivocado: entre esas esmaltadas flores se oculta, entendedor bien jóvenes médicos y estudiosos escolares, una sutil ponzoña, que hábilmente diluida se pretende infiltrar en vuestro cuerpo, hasta embriagaros con ella y hacer que prevarique vuestra razon: se oculta un veneno que si llega a penetrar dentro de vuestro ser y a circular con vuestra sangre, ocasionará de cierto irreparables estragos. Ya lo habeis oido, prevenios: el Dr. Mata se ha propuesto llevar la propaganda a las filas de la juventud, impresionable de suyo tanto como inesperta; y a juzgar por la forma de hacerlo, no es ya la propaganda tranquila y científica, reducida a presentar doctrinas, a manifestar opiniones y sistemas, a dar razon de sus fundamentos, para que sosegadamente se forme sentido juicio, sino la propaganda ardiente de la política, que habla al sentimiento y a las pasiones mejor que a la parte intelectual y moral; que arrebatada, más bien que convence. Y para inocularos sus ideas, para ejercer ese proselitismo, intenta obrar, segun ha dicho (para ser materialista en todo), por endósomose; esto es, sobre vuestro cutis mejor que sobre vuestra inteligencia.»

«Había yo incurrido en la equivocacion de creer que el impugnador de Hipócrates, de claro ingenio, de buena instruccion, con pretensiones de químico, con dotes de filósofo y orador, trataba de desembarazarse de la autoridad del famoso médico griego, para ofrecer en seguida a la Academia pensamientos originales, descubrimientos importantes; ó a lo menos, para ensanchar y dar apoyo a ciertas opiniones que ahora empiezan a presentarse rejuvenecidas, disimulando trabajosamente, con el albayalde y el arrebol, las arrugas de su rostro, y que necesitan por lo tanto, si alguna estima han de merecer, verse formuladas y sostenidas por un hombre de genio. Había yo creído, en una palabra, que el Dr. Mata se proponia enarbolarse con brio la bandera del materialismo, despues de haber hecho esfuerzos para abatir la del vitalismo; y que nos presentaría en tan oportuna ocasion, ya que no un libro en que se explicaran todas las funciones del hombre por la física y la química, sin admitir principios ó fuerzas vitales, una patogenia puramente física y química también, una patología y una terapéutica de igual indole, ó al menos un boceto, un pensamiento de esa doctrina en toda su pureza materialista. Así es, que me ha sorprendido mucho ver a tan ilustrado académico casi exclusivamente reducido a combatir el hipocratismo por medio de las armas más débiles, y acometiéndole por los flancos más fútiles y menos vulnerables.»

Léense despues en este punto los siguientes notables párrafos, de los cuales no queremos privar a nuestros lectores:

«Es el asunto, que mi ilustrado amigo lleva sus pretensiones materialistas a tal extremo, que cuantos estudios versan sobre la materia, cuantos conocimientos forman en la actualidad la anatomía, la fisiología experimental y la medicina entera, adquiridos en el largo trascurso de los siglos, los atribuye al materialismo; como si hubiera existido hasta aquí en medicina una doctrina puramente materialista, fuera de la quimiatria del siglo XVII. Consecuente con este error, reputa materialistas y de los suyos, no ya tan solos a los organicistas, que nunca llegaron al extremo en que él se ha colocado, pero a todos los anatómicos y fisiólogos de los pasados y el presente siglo. ¿Han hecho y hacen estudios sobre la materia? Pues no hay más que preguntar: son materialistas. ¿Estiman útiles, para dar impulso a la ciencia médica, los conocimientos anatómicos, físicos y químicos? Pues ninguna otra cosa pueden ser en tal caso sino materialistas. ¿Atienden en patología a las lesiones materiales de los órganos y a la alteracion de los humores? Pues ved ahí, tan claro como el agua destilada, al materialismo. ¿Llenan una indicacion por medios físicos ó agentes químicos, y tienen presentes las modificaciones que pueden sufrir ciertos medicamentos de esta naturaleza, al ponerse en contacto en primeras vias, ya con los líquidos propios y naturales en ellas, ya con las sustancias que ingiere el enfermo? Pues no cabe materialismo más acabado y perfecto.

«¿A dónde va a parar el digno académico con tan estraviado currir? ¿Es que se propone hasta privarnos de nuestra propia materia, dejándonos convertidos en una especie de espíritus foletos? ¡Tenga piedad de nosotros, y considere por de pronto que para cosa alguna habemos necesidad del vitalismo, si nos priva de la materia que este se halla destinado a animar!

«No hay nada de esto: el Dr. Mata ha querido valerse de estrategia tan singular, mejor para atraer hacia sí la juventud, con argumentos de futilidad clarísima, que para oponernos formales objeciones.

«El y nosotros (¡fijad muy particularmente en este punto vuestra consideracion) admitimos la materia (¡cómo dejar de admitirla!); él y nosotros reconocemos la necesidad que hay de estudiarla tan prolija y profundamente como sea posible; él y nosotros damos la importancia que merecen a la anatomía, a la física, a la química, a la fisiología experimental, etc., para el conocimiento del hombre sano y enfermo, para librar a la humanidad de los males que la afligen previniéndolos ó curándolos; y por lo tanto así él como nosotros, así los materialistas como los vitalistas, tenemos necesidad de consagrarnos al más esmerado y completo estudio de la materia.

«La diferencia está en que nosotros, fundados en fuertísimas razones, emitidas ya con regular extension en este discurso, y en el resultado de la esperiencia de todos los siglos, negamos que los fenómenos de la vida, esa maravillosa actividad, ese movimiento no interrumpido de los cuerpos que gozan de ella, sean debidos exclusivamente a la organizacion, tan solo sujeta a las leyes físicas y químicas; mientras que con ardor, pero sin pruebas, lo sostienen el Dr. Mata y los pocos médicos, y aun químicos, que profesan puramente los principios materialistas.

«A la materia, y conjuntamente con ella, agregamos nosotros (como significó Hipócrates y han creído la casi unanimidad de los médicos y naturalistas de todos los siglos y países), las *fuerzas vitales*, el *principio vital*; una fuerza, en fin, desconocida en su esencia, peculiar de los seres vivos, que anima la materia y que, en perfecta armonia con sus leyes en el estado normal, dá por resultado la vida. Esta fuerza, estraña a la materia bruta, a la materia inorgánica, no puede negarse, como no se niegan la gravedad ni la afinidad, aun cuando no sean ni puedan llegar a ser una cosa objetiva.»

Finalizando ya, por último, dirige los siguientes

párrafos á la juventud médica, en la cual parece que pretende el Dr. MATA hacer su proselitismo:

«Ahora oidme, para terminar, jóvenes médicos, y vosotros estudiosos escolares, que gustais más del silencio de vuestros gabinetes y de la compañía de los libros que del bullicio; modestos como lo es desde que comienza á pisar las aulas el hombre de verdadero y sólido mérito. Al contrario de lo que os ha dicho vuestro catedrático de medicina legal, respetad las autoridades, respetad á esos personajes históricos, que él llama ídolos, considerando que por algun motivo los ha enaltecido la razon humana, tan penetrante, tan perspicua y profunda en los pasados siglos como en el presente. No os dejéis dominar por ese vértigo funesto de destrucción que mantiene estraviada y zozobrosa la buena inteligencia del Dr. Mata; y considerad que en las ciencias, es tan funesta como fácil y destituida de gloria toda obra de demolición y de ruina. Cuando la verdad se hace plaza entre envejecidos errores, como el sol al desvanecer las pardas nubes que le ocultan, pierden aquellos, es verdad, la influencia que ejercieran; pero aun sirven para explicar la historia de aquel ramo del saber humano y para marcar las huellas que en su progresiva marcha ha seguido la humana razon.

»No quita esto para que sujetéis, respetuosos y discretos, al más desapasionado y minucioso exámen, así las autoridades pasadas como las presentes, las que caen y las que se levantan... ¡Fundidlas, fundidlas enhorabuena todas en el crisol de vuestra razon, y sometedlas repetidamente á la piedra de toque de la esperiencia; pero evitad con rigor juicios prematuros y en escasos datos fundados! Hasta que podáis ver con claridad este asunto importantísimo; hasta que el estudio y la práctica hayan madurado por completo vuestras inteligencias, manteneos libres de compromisos que os impedirían llegar desprevenidos al punto en que se halla la verdad. ¿Cuánto mejor es que os mantengáis entretanto firmes en esa duda filosófica que aconseja la discrecion, especie de recomendable para-caídas para todo el que empieza á levantarse en la atmósfera de la ciencia, á fin de contemplar desde aquella altura la magnificencia esplendente de la naturaleza?»

«No seáis jóvenes imprudentes y ligeros, examinad con respeto las opiniones de las autoridades, tenedlas presentes en vuestros estudios, y concededlas su legítimo valor: ni las despreciéis envanecidos y soberbios, ni las admitáis ciegos; que los espíritus rectos ni se dejan dominar por un orgullo vano é intransigente, ni se abaten jamás por un degradante servilismo. Examinad con libertad; pero sin escasear á los sabios la consideracion y el decoro, aun cuando hayan incurrido en errores, antes respetando los esfuerzos que hicieran para llegar á la verdad, objeto comun de todos.

»No os asociéis pues sin conocimiento muy cabal á la obra de demolición que se predica y emprende. Notad que los adversarios de Hipócrates y del vitalismo son los héroes de la destrucción; y cuando se os trate de deslumbrar con pensamientos atrevidos y con las vistosas galas de la poesia y la oratoria, recordad con Sydenham que el objeto de la medicina es aliviar las humanas dolencias, y que «quien propone un medio de curar la afeccion más ligera, hace infinitamente más en favor de sus semejantes, que aquel otro que se hace notar por el brillo de sus razonamientos y por sutilezas pomposas, tan inútiles al médico para curar las enfermedades, como inútil es la música al arquitecto para construir un edificio.»

»Creedme: no es el vitalismo hipocrático una ruina; es al contrario una ancha y sólida base: no es un epitafio, es un óvulo fecundado, cuya incubacion ha sufrido lamentable retraso, por causa de los errores propios, de la pequeñez y de la soberbia humana; pero lleno de vida é inspirando la esperanza del más glorioso porvenir.»

Con esto y con dirigir algunas palabras á los señores académicos disculpando su prolijidad, terminó el discurso y con él la hora de sesion.

La lectura de estos somerisimos extractos, y más que todo la integra del discurso del Sr. MENDEZ ALVARO, nos obliga á preguntar: ¿Se atreverá ahora el Dr. MATA á decir en plena Academia, que no se le ha contestado? ¿Quién sabe!... ¡Cosas estamos viendo!

El miércoles 22 celebró la Academia su ordinaria sesion semanal.

Despues de leida y aprobada el acta y del despacho ordinario, concedió el Sr. Presidente la palabra al señor Santero para leer un discurso en nombre del Dr. Drumen, que se halla ausente al lado de S. M. la Reina. Este distinguido académico impugnó con gran acierto los argumentos principales que el Sr. Mata opusiera contra Hipócrates y las escuelas hipocráticas. En otro número daremos una idea de su discurso.

Concedido despues el uso de la palabra al Dr. Don Matias Nieto Serrano, comenzó este manifestando en un breve exordio el pensamiento que le conducia á tomar parte en el debate, y manifestó que constaria su discurso de dos partes, una de réplica al Sr. Mata, y otra escrita, en que espondría sus opiniones en el grave asunto que á la corporacion ocupa. Mas no hallándose el Sr. Mata presente, juzgó oportuno invertir el orden empezando la lectura de la parte segunda, y dejando la primera para cuando asista el referido académico. Fáltannos el tiempo y el espacio para dar hoy una idea de la parte del discurso del Sr. Nieto que tuvimos el gusto de escuchar; por cuyo motivo lo dejamos para uno de los próximos números.

Dos palabras sobre médicos forenses.

Un apreciable suscritor de Balagner muestra deseos de conocer el estado en que se halla la proyectada creacion de médicos forenses. Como otros muchos compañeros

de las provincias gustarán tambien que les tengamos al corriente de cuanto en el asunto ocurra, vamos á decir con nuestra llaneza habitual lo que sabemos y lo que presumimos.

A principios de 1856, y para cumplir el art. 93 de la ley de sanidad, se nombró de real orden una comision que formara el reglamento destinado á establecer la organizacion, deberes y atribuciones de los facultativos forenses. Esta comision encomendó entonces la redaccion del proyecto de reglamento al catedrático de medicina legal de la Facultad de medicina de Madrid, y esperó tres años á que le sometiera á su exámen. En virtud de dos reales órdenes en que se recordaba la necesidad de su pronto despacho, llegó el caso por fin de que el proyecto fuera sometido al exámen de la comision, y esta le consideró de todo punto irrealizable, tal como se presentaba; por lo que encomendó su revision á dos ó tres individuos de los que la componen.

No sabemos que este segundo proyecto de reglamento se haya sometido á la comision, ni que haya esta empezado á discutirle.

Hasta aqui la parte histórica: ahora comienzan las presunciones.

Debemos esperar que en la comision, cuando se discuta el nuevo proyecto, haya escasa conformidad de pareceres, propendiendo los unos á un lisonjero optimismo, y creyendo otros que podrian darse á Dios las mas cumplidas gracias si la suspirada reforma de este servicio público diera por resultado para la clase médica nada mas que medianas ventajas. ¿Se tropieza siempre con tantas dificultades para alcanzar algo favorable á los médicos, y se ha arraigado de un modo tan profundo la mala costumbre de que estos presten las luces de la ciencia gratuitamente ó poco menos! La cuestion de si ha de haber ó no farmacéuticos forenses opondrá tambien dificultades, complicando el asunto y dando creces al presupuesto, que es el punto verdadero de la dificultad.

Mas supongamos que al cabo la mayoría de la comision formula su dictámen, y alguno de sus individuos un voto particular; supongamos, si se quiere, y es lo más que puede suponerse, que todos se reducen á una opinion y que llega su dictámen unánime al Gobierno. ¿Cuánto tiempo habrá por fuerza de hacerse esperar una resolucio-n? El proyecto deberá pasar al cuerpo consultivo correspondiente, para que informe; este tardará algun tiempo en evacuar el informe, que podrá no hallarse en todo de acuerdo con la comision; la direccion del ramo le detendrá luego el tiempo que considere preciso para su exámen, y le variará como estime; puesto al despacho del ministro de la Gobernacion, tardará más ó menos en aprobarle ó desaprobarle; luego habrá que pasarle á Gracia y Justicia, donde correrá lentos y difíciles trámites, oyendo previamente á tribunales ó personas competentes, ó nombrando una comision al efecto, y despues de todo viene la cuestion magna: ¿de dónde, cómo se pagan esos gastos? El ministro de Hacienda ha de fallar definitivamente en la region del Gobierno, y sabido es que en esa region del dinero se derriban á tierra de un golpe, por falta de él, los más útiles y brillantes pensamientos.

Ahora viene otro trámite no menos pesado. Suponiendo que el proyecto logra vencer, mutilado y hecho una lástima, todas esas dificultades, como al cabo ha de originar un gasto, es necesario acudir á las Cortes y hacer pasar aquella partida en un presupuesto. ¡Nuevo apuro!... ¿Será fácil que se aumenten unos cuantos millones para establecer los médicos forenses, cuando despues de repetidos intentos no se ha conseguido aumentar un millon al presupuesto de gastos de sanidad, para dotar á los médicos de visita de naves que en los puertos de cuarta clase están prestando gratuitamente un servicio penosísimo? Mucho lo dudamos.

Vemos con profundo dolor rodeada de dificultades esta reforma que ardientemente deseamos ver establecida.

Los compañeros que en ella tienen fijada la vista, con la esperanza de alcanzar decentes colocaciones, harán muy bien en no pecar por tan demasidamente confiados que desatiendan cualquier otro camino favorable para sus intereses.

Cuidaremos de informarles con oportunidad y estension de lo que ocurra en el asunto, y ayudaremos al buen éxito de esta reforma, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, en obsequio de la sociedad, tan vivamente interesada en la recta administracion de justicia, y de las clases médicas; pero evitaremos infundir vanas y precoces esperanzas, temerosos de ocasionarles mayores daños que provechos.

Esté pues seguro nuestro apreciable suscritor de Balagner, de que sabrá á tiempo y estensamente todo lo que

pueda afectar á los intereses de la clase, así en punto á médicos forenses como á cualquiera otra reforma.

El Dr. Mata y la REVISTA MÉDICA.

El Dr. Mata ha contestado á la *Revue médicale* de París, manifestándose muy ofendido por la intencion que atribuye al Sr. Sales-Girons de rebajarle en el concepto del público, interpretando de un modo inexacto los hechos de su carrera científica y de su vida política. El periodista francés habia sentado que el Sr. Mata llegó á su cátedra en alas de la política, y esto parece ser que no resulta cierto. Despues rechaza que la Facultad de medicina, la Academia, la prensa española y los hombres más notables del pais se hayan declarado en su contra; y sostiene que la Facultad de medicina no ha tomado parte en la cuestion de Hipócrates (como Facultad; ¿qué tenía que ver en el asunto?); que la Academia no ha fallado ninguna decision sobre su discurso (ni es cosa de que la falle), y que de la prensa solo *El Siglo Médico* le es violenta y personalmente hostil, formando causa comun con la *Revista médica* de París (en lo cual comete dos equivocaciones, por cuanto *El Siglo Médico* no es violenta ni personalmente hostil al Sr. Mata ni á nadie, reduciéndose á hostilizar las doctrinas, y porque no acostumbra este periódico á formar causa comun con nadie). Los Sres. Castelló, Santero, Calvo, Alonso, Mendez Alvaro, Nieto y Drumen, son, segun él, las notabilidades (por parte de los Sres. Mendez Alvaro y Nieto afirmamos que nosienten ni han sentido en su vida la menor comezon de hacerse notabilidades), de la prensa, de la Academia ó de la Facultad que han hablado ó escrito contra él (contra sus doctrinas, debería decir). En todas partes son los mismos, añade; pero ni constituyen la Facultad, ni la Academia, ni la prensa, ni gozan en España de esa reputacion *exclusiva* y *superior* que la *Revista* les ha concedido tan fácilmente. (No disputaremos sobre esto: la reputacion *exclusiva* y *superior* ya se sabe que es en España la del Sr. Mata.) Acerca de los señores Varela de Montes, Rosa, Oliver, Atienza, Andrey y otros, se calla; y tocante al Sr. Hoyos Limon, dice que no solo es su digno adversario, sino que se propone demostrar el pseudo vitalismo de la *Revista médica* de París. Sea el Sr. Hoyos vitalista, combata al materialismo, y esto es lo esencial, lo que por ahora hace al caso. ¿Ha encontrado el Sr. Mata entre sus adversarios alguno que promueva cuestiones respecto al modo como se ha de entender el vitalismo? De seguro que no: todos vamos á lo esencial.

Lo que no encontramos en el comunicado que nos ocupa es los nombres de los que han abrazado la causa del Sr. Mata, de los que admiten sus doctrinas puramente materialistas. Un solo médico español (muy ilustrado por cierto, muy digno y muy apreciable para nosotros) ha abrazado con sinceridad y con fé tales doctrinas, el señor D. Juan Bautista Calmarza; y tenemos la satisfaccion de decir que ese escrito figura en el lugar más distinguido de nuestras columnas. De forma que hasta el dia no han tenido las doctrinas materialistas del Dr. Mata otra verdadera y legítima defensa que la hecha en las columnas de *El Siglo Médico*.

Si el Sr. Mata, en medio de su decidida pasion por el libre exámen, que la publicidad facilita, no hubiera concedido á un solo periódico el monopolio de sus escritos; si hubiera en esto querido acomodarse algo más al espíritu expansivo y liberal de la época, habríamos tenido el gusto de trasladar íntegro su comunicado; pero recordando, cuando ya le íbamos á enviar á la imprenta, el sistema prohibitivo de nuestro buen compañero, antes que convertirnos en defraudadores, hemos querido omitirle, reduciéndonos á este breve extracto, que suponemos podrá pasar, llevando como lleva guia, por la aduana de la *España médica*. Muy opuesto sistema ha seguido *El Siglo Médico* desde su aparicion, pues que á la cabeza del primer número estampó la siguiente advertencia: «Así los periódicos médicos como los políticos, pueden trasladar á sus columnas cuanto hallaren de su gusto en las de *El Siglo Médico*; pero siempre con la condicion de expresar el periódico de donde lo toman.»

PUERTO-RICO.

UN PASEO POR ESTA ISLA.

Con motivo de tener que desempeñar una comision del Gobierno, no muy grata por cierto á todo médico militar, acabo de recorrer casi todos los pueblos de la Isla, y aun cuando de prisa, pues así lo exijia la naturaleza de la misma, no he podido menos de detenerme á admirar su pintoresca perspectiva, su frondosa veje-tacion, su fertilidad, el trato y afabilidad de sus habitantes, su generosa hospitalidad, y en una palabra, todo cuanto empieza uno á alcanzar con la vista tan

pronto se separa de la monótona y árida capital. No es posible formar una idea exacta de este ameno país sin verlo. Estensas llanuras, elevadas montañas, ríos caudalosos, manantiales de ricas y abundantes aguas, todo esto unido y entrelazado de un modo admirable, dando al viajero con estos cambios repentinos una grata sensación, que le sobrecoje gustoso en el ligero caminar de estas aéreas cabalgaduras. Hasta el cielo mismo parece proteger este país con sus continuos cambios atmosféricos, templando su abrasado suelo, ya con la brisa, ya con las frecuentes y abundantes lluvias.

Por do quiera que fijaba mi vista, encontraba risueña la naturaleza, ya ostentando ufana una corpulenta vegetación, ya la forma particular de un terreno cubierto por una densa capa de vegetales que, recojidos unas veces en su mismo desarrollo y desplegados otras a alturas convenientes dan una gracia especial al país, haciendo creer que la mano del hombre es la que dirige esta intrincada combinación, formando un estenso y recreativo panorama. Aquí el naturalista, el mineralogista, el botánico, el médico, tienen vasto campo en qué ocuparse y en qué pensar.

La infinidad de plantas medicinales que a cada paso me ponían de manifiesto las personas amigas entendidas, me ha hecho registrar trabajos y artículos publicados aquí anteriormente, y rogar a mi amigo el farmacéutico D. Tomás Babel, que cultive por medio de la prensa el gusto especial que ha tenido siempre a la ciencia de Linneo, y nos dé a conocer los preciosos tesoros que encierra para las ciencias médicas esta pequeña joya de la corona de España. Yo no sé en qué pueda envidiar esta Antilla a la hermosa Italia, a ese país tan decantado por todos los más célebres poetas, cuyas glorias y hechos históricos son la codicia de las modernas naciones. Su antigüedad y su civilización, hé ahí lo que únicamente puede envidiarle la isla de Puerto-Rico.

Por lo demás, ella encierra en sí misma elementos bastantes para su esplendor. Aquí solo hacen falta brazos que la cultiven e inteligencias que siembren los conocimientos y adelantos de la Europa moderna, y la isla de Puerto-Rico llegará a ser un manantial de prosperidad y riqueza. Cualquiera al oírme ensalzar así este suelo, creará tal vez que soy hijo de él, pero no es así.

Habitantes, carácter y costumbres. Los habitantes de esta Antilla son más bien altos y delgados, perezosos y en general poco amigos del trabajo; afables, de un carácter alegre y poco escitable. Esta es la raza blanca, que la negra ó de color difiere por sus formas más anchas, nutridas y de más sufrimiento para el trabajo. En lo general son pacíficos y honrados, y esto hace que se pueda uno poner en camino con centenares de onzas en el bolsillo sin que por eso se vea acometido de malhechores. Sus costumbres no son de las más recomendables, y a esto puede atribuirse la mayor parte de la miseria que en ellos se nota. Cuando tienen alguna cantidad, gastan y triunfan hasta que se concluye, y como no se acuerdan del día de mañana, les sobrecoje la miseria aun en sus mayores orgías. Mientras dura en el paladar el gusto de la fiesta pasada, no vuelven la cara al trabajo, se echan a dormir, y como tengan quien les auxilie para salir del día, continúan mecidiéndose en la hamaca reduciendo a vapor un sabroso tabaco de comercio ó de la Habana. Las mujeres son por el mismo estilo ó peor, descuidadas de sí mismas y poco diligentes en las faenas del sexo. La hamaca, el tabaco y el baño, hé aquí sus principales ocupaciones.

Alimentos. En general, en América usan los naturales poco pan; pero en cambio, la batata, el yame, la llantia, las calabazas, frijoles, habichuelas, el casave, la yuca dulce, el plátano, el guinco, el chungo, el congo, etc., etc.; y entre las frutas la reina de ellas, como la piña, la guayaba, reemplazan con bastante provecho aquel principal manjar del europeo. Los pescados secos y salados, alguna que otra ave, el arroz blanco, esto es, el arroz cocido con sal y mantea, los huevos, leche en abundancia, algún pescado fresco, etc., etc.; hé aquí reducida en conjunto toda la alimentación de estos isleños. Las importaciones de los diferentes puntos de Europa y América vienen a completar el catálogo culinario de la gente pobre en los días de orgía, y en la rica en todas épocas y estaciones. El café es el néctar por excelencia.

Enfermedades. Con una alimentación de esta naturaleza, la poca actividad muscular, los cambios continuos atmosféricos, la escasa humedad del aire que nos rodea, las constantes emanaciones pantanosas y el sol ardoroso de este clima, necesariamente han de producir enfermedades fáciles de inferir. Así, en primer lugar, veremos aparecer de un modo constante y general las intermitentes de todas clases y tipos, formando la llave general de toda clase de dolencias. Ningun práctico observará en Puerto-Rico las enfermedades francas como en Europa, sino siempre con ese carácter que imprimen las emanaciones de los pantanos. Un simple catarro, una calentura efemera, un divieso, etc., etc.; cualquiera indisposición, por insignificante que sea, la veremos bien al principio ó al fin presentarse con la forma característica de las fiebres palúdicas, y es seguro que como la indisposición ocasione fiebre, esta ha de ser irremisiblemente intermitente; y si no es franca, el práctico se apercibe de ello y la califica así al ver los efectos marcados de los preparados de la quina. Esto me conduce necesariamente a la idea de que pudiera formarse una nosología especial para América, sin que por eso me crea que falto a los principios de la ciencia, y fundado solo en la clínica de este país. Así como Grisolle toma por base la calentura tifoidea para explicar todas las pirexias, añadiendo después las formas inflamatoria, gástrica ó biliosa, mucosa, adinámica y atáxica, nosotros podemos tomar lo mismo la intermi-

tente con sus formas inflamatoria, biliosa, mucosa, catarral, pútrida, colérica y amarilla, ó sea el vómito prieto. Para mí este último no es más que una verdadera intermitente en el más alto grado de intoxicación miasmática. A esta sola declaración va dirigido el objeto de mi escrito, el que concluiré diciendo, que siendo en su fondo y naturaleza una misma la causa de las fiebres amarilla é intermitente, y curándose esta última con las sales de quinina y sus sucedáneos, parece natural que el vómito se cure con la misma medicación, diferenciándose solo en las dosis, puesto que es de más consideración el enemigo que se nos presenta y ha necesitado mayor caudal de míasmas para su desarrollo. Esto mismo han indicado varios entendidos profesores de la Habana últimamente, y esto mismo sé que han hecho algunos otros en esta Isla, pero con fatal éxito. ¿Por qué será? ¿En qué consiste que no corresponde el raciocinio con la práctica? Yo no puedo decir más hoy, porque no me he hallado todavía en ninguna epidemia de vómito, y gracias a la Providencia desde que me halló en esta Isla hace un año, aun no hemos tenido un solo caso, á escepción de aquel chispazo en la Aguadilla, que produjo veintitres.

Suspendo aquí el curso de mi pluma, porque este escrito se va haciendo demasiado largo, y para entregarme otra vez a la reflexión de estas ideas, y concluiré diciendo, que sin embargo de todo, me han asegurado profesores de buen nombre y larga práctica en este clima, que pocos individuos han tenido de esta enfermedad en quienes no hayan empleado el sulfato de quinina. La oportunidad en su administración es el todo. Este solo medicamento no constituye la terapéutica de la fiebre amarilla, pero si una gran parte. A estas ideas se aviene fácilmente mi razón, que jamás podrá conformarse con el tratamiento empírico y bárbaro que, tomado de los curiosos (curanderos), adoptan algunos señores profesores con menoscabo de su reputación y de la ciencia.

Patricio Rodríguez y Suls.

Cumplimiento de una oferta.

En el número anterior contrainos el compromiso de trasladar a las columnas de *El Siglo Médico* lo que acerca del alma dijo en su discurso académico el Dr. MENDIZ ALVARO (provocado por la *España médica* en su número de 2 del actual), y el de añadir al pie, para muestra del género de crítica que este periódico ejerce, lo que ha dicho sobre el asunto en su número del 16. El lector juzgará en vista de ambos datos.

Dijo el Sr. MENDIZ ALVARO en la sesión del día 9:

«Un Dios; un alma en el hombre; la organización entera, el cuerpo humano reducido á pura materia;» hé aquí su credo, al parecer religioso, filosófico y médico.

«Claro parecerá á muchos, mas sin embargo es suficientemente oscuro para que no acierte mi escasa razón á comprenderle, expresado en tan breve fórmula. Y es que, se me oculta qué cosa pueda ser un alma encerrada en un cuerpo, sin que ejerza la menor acción sobre la materia que á este compone: alma de simple adorno, dije, á cuyo uso obliga la necesidad; suelta, independiente, sin sitio, sin objeto, quizás sin origen ni ulterior destino. Yo dejo á otros, que lo sabrán hacer perfectamente, el examen filosófico de este alma, libre (según comprendo y acabo de manifestar) de todo enlace, de toda influencia sobre la materia, especie de pájaro encerrado por la mano de Dios, para no hacer nada, en la jaula de nuestra organización, y destinado tan solo á volar de ella cuando llegue la Parca y abra la portezuela con su mano descarnada; y voy á permitirme tratar el asunto en llano estilo, acomodado á las más vulgares inteligencias. Empezaré presentando el siguiente dilema, tenaza de fragua que no le ha de permitir al Sr. Mata escaparse fácilmente.

«Si el alma que parece admitir (sentiría no haber comprendido bien su pensamiento), tiene otra existencia que la debida á la fantasía; si es, como creo yo desde luego, el alma de los cristianos, necesidad hay de concederla siquiera las más esenciales atribuciones, facultades ó potencias, que á toda persona en España nacida enseñaron el Ripalda ó el Astete: esto es, memoria, entendimiento y voluntad. Y en tal caso, la organización entera ha de hallarse por fuerza bajo la influencia del alma; y entonces no es una verdad, sino simplemente una hipótesis, el incomprensible materialismo del Sr. Mata. Y si el alma que este ilustrado académico concibe (cosa que estoy muy lejos de creer), carece de esas atribuciones; si es un alma de Garibay, por decirlo así, cuya existencia se niega á toda demostración, digo desde luego que alma tal es una quimera, es una hipótesis tanto más desgraciada, cuanto que para nada puede servir al materialismo, como no sea para sacarle del terreno de la filosofía sin poderle trasladar al del dogma; dejándole, por lo tanto, fluctuar perpétuamente en el vacío de los campos imaginarios. Necesario es ser algo decididamente, sobre todo cuando se toma por ejemplo á hombres que, por sostener su fe, por sacar á salvo sus ideas, dieron al mundo los ejemplos más sublimes de abnegación. ¿Es el Sr. Mata materialista? ¿sostiene que en el cuerpo humano no hay mas que materia, libre de toda ley extraña á las que de la materia son propias? Pues átrévase á negar resueltamente la existencia del alma, que ninguna falta hace á su materialismo; y que sin dominio, sin influencia sobre el cuerpo, tanto estorbia á la materia como á la idea religiosa. Ese es el único medio de seguir en su empresa con desembarazo. Para ello no es necesaria en el día grande abnegación. No se requiere, no, el valor de que dió muestras el famoso médico y matemático de Pisa, cuando después de haber abjurado sus errores en la Inquisición de Roma, añadía *sotto voce*: *E pur si muove*. Repito que sintiera mucho haber errado, en cuanto á la manera como el Sr. Mata concibe el alma: sus opiniones frenológicas y las que ha manifestado en algun otro escrito, me han autorizado en gran manera para dar á sus palabras la precedente interpretación. Por otra parte, mi opinión encuentra apoyo en otras respetables opiniones de ilustrados y hasta distinguidos médicos filósofos: hé aquí lo que á este propósito ha dicho en un reciente escrito mi amigo más querido el Dr. Nieto:

«Rechaza Vd. la calificación de materialista, porque asegura, lo que á nadie es permitido negar, que considera á Dios como la causa suprema del mundo, y á alma como la causa suprema de los actos del hombre en cuanto á ser inteligente. Pero á renglón seguido prescinde Vd. de estas causas como inaccesibles, confesando francamente que no sabe una palabra de ellas. Es decir, que Vd. cree, pero no sabe; que admite una cosa en la fe y otra en la ciencia; que profesa el *credo quia absurdum*; que declara paladinamente absurdo lo mismo que cree. Todo esto es muy bueno, y solo me sorprende la poca oportunidad con que involucra en nuestro debate una cuestión de conciencia religiosa. Protesto desde ahora para siempre, que no es mi ánimo hacer alusión al dogma ni á las creencias de Vd. ni de otro alguno; pero reclamo también que no se hagan valer esas creencias, para que sirvan de parapeto á una doctrina que, en cuanto ciencia, las rechaza y aun las declara absurdas.»

Más adelante añadió el Sr. Mendiz Alvaro sobre el propio asunto:

«Pero en lo que se hizo notar sobre todo (el Sr. Mata), fué en lo que dijo respecto á los fenómenos psíquicos, á las facultades del alma, y á los prodigios de la química en terapéutica.

«Tomando por fundamento que los fenómenos psíquicos son en su esencia tan desconocidos para los vitalistas como para los materialistas; que ni unos ni otros explican mejor los arcanos de nuestra alma, ni aquellos que constituyen la psicología experimental, ni los que forman la psicología ulterior ó racional, concluye, con su especial lógica, que tan ortodoxo es explicar la acción del alma, cuya existencia cree, por leyes físicas, como por las fuerzas vitales.

«Vano efugio! Esfuerzos inútiles para escaparse por la tangente! La cuestión que elude es esta: ¿Admite el Sr. Mata en el hombre el alma, origen de todos esos fenómenos psíquicos, ó no la admite? Si lo primero, no es materialista, puesto que reconoce algo más que materia; y si lo segundo, sobre faltar completamente á la ortodoxia que pretende, se halla imposibilitado de explicar por la física y la química un elevadísimo orden de fenómenos debidos á la materia, y que necesariamente deben explicarse por las leyes de esta.

«No hay, pues, paridad: á nosotros nos basta reconocer la existencia del alma y de sus facultades, pues que esto es suficiente para apartarnos del materialismo; pero los materialistas no pueden admitir la existencia del alma y de los fenómenos psíquicos sin renegar del materialismo en aquel mismo hecho. Por otra parte, á nosotros nos basta estudiar los fenómenos, conocer lo mejor que podamos por un lado la teoría de la inteligencia, la teoría de la sensibilidad, la teoría de la actividad, y por otro, el origen de nuestros conocimientos, la distinción del principio que piensa y de la materia y aun el estado futuro del alma; pero los materialistas legítimos, los que no son acomodaticios hasta caer en el absurdo, tienen necesidad absoluta de negar la existencia de todos los fenómenos de la inteligencia, ó de explicarlos *materialmente*, es decir, por la física y la química.

«Yo concedo al Sr. Mata el derecho de ser cualquiera de las dos cosas: vitalista ó materialista; pero le niego que deba salirse del campo de toda filosofía para esquivar ciertos escrúpulos, y embrollar con su artificio las más esenciales cuestiones filosóficas y médicas.

«Aunque no podamos explicar nosotros los prodigiosos misterios del alma, aunque no conozcamos la naturaleza de su principio; puesto que nos hallamos seguros de su existencia y presenciemos sus maravillosos fenómenos; puesto que la concedemos el alto y respetable lugar que merece en nuestras teorías, es claro que formamos campo enteramente distinto del materialista. Hallase, pues, el materialismo en la necesidad angustiosa pero inevitable de una vergonzosa abjuración de principios ó de sostener y probar que la producción del pensamiento, de la voluntad, etc., se debe á tales ó cuales órganos, que elaboran, para mayor absurdo, esas cosas inmateriales, como los riñones la orina, y el hígado la bilis.

«Resultado de lo espuesto, que aun cuando no podamos explicar la naturaleza y los fenómenos del alma, bastanos reconocer su existencia inmaterial para negar el materialismo; mientras que los materialistas no pueden admitir que el alma existe sin dejar en el acto de ser legítimos materialistas. El recurso ideado por el Sr. Mata forma un *galimatias* absurdo y espantoso, tan contrario á la idea del materialismo como á la ortodoxia, y no menos rechazado por la filosofía que por la religión. Disimúleme si algo he dicho que no sea de su agrado: es una consecuencia de la discusión que él ha promovido y de una provocación hecha en otro sitio (1). ¿Habíamos de quedarnos sin escudo, por prestarse á él, cuando más le necesitamos para ponernos á cubierto de sus tiros? El mal está en suscitarse cuestiones tan delicadas como inconvenientes, cuando no hay alientos para llevarlas á su término, ni poder para detenerlas en el límite del deseo.»

Veamos en fin la crisis que de este punto del discurso ha hecho la *España médica*:

«Debemos decirlo con imparcialidad: si estuvo vigoroso, lógico, argumentador en la refutación el señor Mendiz Alvaro, anduvo apasionado, rebosando *preocupación* y lleno de ideas preconcebidas en el examen.

Así salió él.

Vamos á dar una ligera idea á nuestros lectores: que el materialismo llevaba en pos de sí la imprescindible negación del alma; que si luego los materialistas la admitían, era por pura cortesía; que el espíritu alojado en un organismo, cuyas funciones se explican por las leyes de la materia, era lo mismo que un pájaro en una jaula esperando el momento en que le abran la puerta; que un alma de ese jaez pugna con las primeras nociones de nuestro dogma, y que para verlo así no se necesita más que recordar el Ripalda...

S. S. hubiera podido añadir: luego los que me combaten y apoyen al Dr. Mata serán unos terribles herejes; *anatema sit*, tanto de culpa al Santo Oficio y á sufrir los chamusconillos fuera de la puerta de Fuencarral.

Si esto no es hacer el bú, que venga Dios y lo vea.

Por fortuna, los terribles cargos de S. S. en vez de ocasionarnos la estupefacción y la ira, nos produjeron un buen rato.

Por uno de esos milagros que solo explica la asociación de ideas, nos creíamos trasportados al teatro Real, gozando de las bellezas de una de las mejores óperas cómicas.

(1) *España médica* del 5 de junio.

Cuando S. S. fulminaba en tono de sibila aquellos tremendos cargos, habíamos tarareando a pesar nuestro:

alla fin trabocca, scoppia
si propaga, si radoppia
é produce una splozione
comme un colpo di cannone.

Estamos curados de espanto, y no nos asustan las declamaciones del Sr. Mendez, y aunque sea enojoso combatir cuando se emplean dardos como los que S. S. guarda en su aljaba, combatiremos porque tenemos fé, no porque llevamos coraza ni cota de malla.

El Dr. Mata, los redactores de la *España médica* y cuantos se permiten examinar lo que hay de cierto en la noción no dogmática, profana y controvertible de la fuerza vital, somos cristianos tan viejos como el Sr. Mendez y sus amigos. Así lo hemos pregonado, y solo se nos ha podido dispensar el poco caritativo obsequio de hacernos pasar por heterodoxos, penetrando en el terreno vedado de las intenciones, y poniendo en duda la veracidad de nuestras protestas.

Llamamos la atención del lector, á los excelentes artículos con que el Dr. Andrey, profesor de la Facultad de medicina de Santiago, ha favorecido á nuestro periódico, de los cuales parece ser el último el que hoy publicamos á la cabeza de este número. En ellos hemos visto, con dulce satisfacción, bien interpretadas las doctrinas hipocráticas. Esperamos que este ilustrado y digno compañero seguirá ayudándonos en la defensa de los buenos principios médicos que hemos emprendido; y también aguardamos que hagan otro tanto los Sres. Varela de Montes, Rosa, Cerdó y Oliver, y cuantos se hallen adheridos al propio pensamiento, no ya tan solo escribiendo artículos en que se impugne la doctrina del señor Mata y de sus tímidos y siempre medio ocultos secuaces, sino sobre cualquier punto que se acomode á las doctrinas vitalistas, tan solo en España, y por muy pocos médicos, combatidas en la actualidad.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—Aunque el tiempo ha mejorado notablemente en este último setenario, comparándole con los anteriores, con todo no está fijo, pues el barómetro aneroide sigue en la variable, confirmando la facilidad con que cambian los vientos, que así son del Sur y del Este como del Noroeste y Sudoeste. La temperatura se ha elevado, marcándose en el termómetro hasta 27°, pero en lo general fué bastante agradable, excepto el día 25 en que por primera vez se sintió calor. La atmósfera, aunque despejada, no pocas veces estuvo cubierta con celajería y nubes.

En casi nada se echa de ver la alteración que hubo en la salud pública: siguen los efectos marcados por el predominio gástrico é inflamatorio, según la susceptibilidad de los sujetos; fluxiones á la boca y oídos, oftalmías, ronqueras más ó menos pertinaces, bastantes dolores nerviosos y reumáticos, muchas calenturas gástricas, é intermitentes de todos tipos, no pocas neuroses del tubo digestivo, y algunas pleuresías y neumonías, han sido los inevitables resultados del influjo atmosférico que dejamos indicado.

Aunque disminuyeron los violentos é enfermos de sarampión, no del todo han desaparecido estos exantemas; pero si se han exacerbado notablemente algunos enfermos que padecían de herpes, con lo cual, y atendiendo á la estación, no parece sino que la naturaleza indica la necesidad, á los que los padecen, de que se preparen para tomar las aguas y baños minerales hidro-sulfurosos, que es el medio más eficaz y poderoso para llevarlos á vencer.

Nombramiento.—Habiendo sido jubilado á repetidas instancias, de la cátedra de jurisprudencia médica y medicina legal de la universidad literaria de la Habana, que

hacia muchos años desempeñaba nuestro antiguo y distinguido amigo el Dr. D. José de Lietor Castroverde, ha sido nombrado, á propuesta, según parece, del Sr. Capitan general de la isla de Cuba, D. Ramon Zambrana.

¡Dale con la clase!—Un D. Francisco Llanderal, cirujano en Valencia, con gabinete de curación, etc., etc., nos ha dirigido una carta, curiosísima por más de un motivo, quejándose porque al hablar en nuestro número 5 del corriente de cierto profesor *periodista* que hace sus habilitaciones en Toledo y otras tierras, dijimos (en vista de que se titulaba en un impreso *profesor de la ciencia de curar*) que tenía traza de ser, cuando mucho, cirujano. Bástale esto para tomar la cosa como un agravio á la *clase*, y dice con tal motivo unas cuantas tonterías. Nosotros no guardamos respetos á ciertas gentes, sea su clase la que fuere; antes con los médicos somos más duros que con los cirujanos y farmacéuticos.

Nuevo periódico médico.—Pronto se repartirá el prospecto de un periódico que van á publicar dos ministrantes. Se titulará *El Clister*, tratará asuntos de filosofía médica, y por supuesto hará parte de la liga.

Médicos higienistas.—Este título se ha dado, quizás en profecía, á los nombrados por el digno Gobernador, Sr. Marqués de la Vega Armijo, para cuidar de la policía sanitaria relativa á la prostitución. Componen este nuevo é importante cuerpo facultativo, que está prestando hace más de un mes muy buenos servicios, los Sres. Checa, Castelo y Serra, Ametller, Pinilla (D. Esteban), Camba, Mayorga, Perea, Villa y Montemar. Tenemos noticias de que estos dignos compañeros llenan muy esmeradamente sus delicados deberes, honrando de esta suerte á la profesión médica. Al principio hemos dicho que tal vez en profecía se les ha dado el nombre de médicos higienistas; porque juzgamos que convendría mucho poner á su cuidado otros varios ramos de salubridad. Pero de esto nos ocuparemos en tiempo más oportuno.

Nuevo género de reclamos.—También en los reclamos médicos cabe cierto refinamiento, y de cuando en cuando pudiera acreditarse con ejemplos que lo acreditan. ¡Que el eminente doctor Tal ha hecho una asombrosa operación! ¡Que el doctor Cual ha curado un enfermo desahuciado, por cuyo motivo le da el padre ó el esposo las gracias en público! ¡Que el sabio y distinguido médico don Fulano estirpó un tumor! ¡Que el ilustrado y famoso doctor Zutano, hizo una pata de palo para un amputado! ¡Que el doctor Mengano es incomparable para enderezar jorobas ó cosas semejantes! Todo esto, puesto en los periódicos como cosa de la redacción, aunque esté escrito de puño y letra de los interesados, repetido luego por los demás diarios como un eco, hace su efecto maravillosamente... ¡Lo que va progresando el industrialismo!

¿Dónde estamos?—Unos médicos designados en Lérida para el reconocimiento de quintos en el consejo provincial, han dirigido al público cierta manifestación en que dicen, «que por su parte, se hallan resueltos á contribuir á su mejor resultado con la práctica más estricta y legal de dichos reconocimientos, conforme lo exigen y han exigido siempre la conciencia, la humanidad y el decoro de la clase facultativa. Al efecto, así como dispuestos se hallan á denegarse á todo exámen previo ó particular para que no se originen suposiciones desfavorables, ni se desvirtue en lo más mínimo su independencia, para el ulterior reconocimiento; determinados están asimismo á desoír toda sugestión de mala especie, ya proceda de los mismos interesados, ya emane de cualquier otra persona.»

Esta declaración, sobre ser ociosa, tiene visos de una especie de inculpación á los que hayan desempeñado antes iguales funciones. La clase médica no debe aparecer jamás ante el público dando tales explicaciones. La clase médica, en totalidad, es honrada, y llena con delicadeza y decoro sus deberes.

Conservación de la linfa vacuna.—El Dr. Andrews, después de hacer muchos experimentos, ha descubierto que el pus ó linfa vacuna se conserva perfectamente mezclándola con glicerina. Toma al efecto una costra vacuna, la reduce á menudos fragmentos y la introduce en un pomito que encierra un poco de glicerina.

Endemoniada.—Mucho ruido ha metido recientemente en Padron, una niña de once años que se tenía por endemoniada, y á la cual no había exorcismos que bastaran á sacar los diablos del cuerpo. Cuando tuvimos conocimiento de este suceso dijimos para nuestros adentros: «Un par de médicos ilustrados pondrían de seguro en completa derrota á los espíritus infernales, ó darían con la niña en una casa de orates ó de corrección.» Por fin no ha sido necesario tanto. Puesta aquella diablilla al cuidado de las señoras de la Asociación de beneficencia, ha huido el enemigo, que sin duda las teme mucho; y la niña Estrella Couso se ve libre de él. Cuando la llevaban al hospital juraba y perjuraba que no volvería á escandalizar. ¿Quedará impune como tantas otras, esta superchería?

PUNTOS DE SUSCRICION.

SE SUSCRIBE en Madrid: en las Boticas de Ferrari, Llietget y Merino; en las librerías de Lopez, calle del Cármen, núm. 27; Baylli-Bailliere, Duran, en la de Cuesta, C. Moro y C.^a, Puerta del Sol, 5, 7 y 9, y en la IMPRENTA, Pretil de los Consejos, núm. 3.—En las Provincias: en las Boticas, librerías y administraciones de correos siguientes:

Albacete, Gonzalez Rubio. Alcañiz, Ibañez. Alcora, Salvia. Almansa, Genovés y Tio (médico). Almería, Gorria. Andujar, la Cal (médico). Antequera, Mir de los Rios. Añana, Angulo. Astorga, Obispa Gonzalez. Avila, Vidal. Bañeza, Manso. Barcelona, Bosomba, Bruguera, Martí y Artigas. Belorado, Mallaina. Benavente, Lamadrid. Betanzos, Serrano. Berja, Antonio Mora y Gutierrez (médico). Bujalance, Romera. Calahorra, Tutor. Calatayud, Zardoya. Caravaca, Sanchez Julian. Carolina, Fiscer. Cartagena, Ramon Pascual (médico). Castellón, Rivelles. Cervera, Carrera (cirujano). Cieza, Pascual Fernandez. Colmenar Viejo, Rosales. Córdoba, Ayllés. Coruña, Maureso. Cuenca, Zomeño. Ecija, Alarcón. El Haba, D. Rafael de Cáceres. Estella, Iturría. Figueras, Sans y Serra. Fuente Ovejuna, García. Girona, Carrera. Gijón, Armijo. Granada, Gonzalez. Grazelema, Ruiz. Guadalajara, Serrano (médico). Guadix, Gomez Hurtado. Hellín, Martínez (médico). Huelva, Montero. Huesca, Laplana. Huescar, Juan Nepomuceno Martinez (médico). Huercalovera, Oseros. Igualada, Bausili. Jaén, Martínez. La Isabela, Canora. León, Malanzon. Logroño, Jorge Lopez (médico). Lorea, Antonio Navarro (médico). Mahón, Tuduri. Málaga, Calvet. Mallorca, Sureda. Mataró, Camín. Melgar, Moragas. Montilla, Aguayo (médico). Mora de Rubielos, Pedro José Iranzo (médico). Motril, Góngora (médico). Murcia, Lopez. Nájera, Nazar. Nava del Rey, Salcedo. Olmedo, Rojas (médico). Orihuela, Oñez. Osuna, Saó. Oviedo, Rafael C. Fernandez. Padron, Baltar. Palencia, Perez. Palma, D. Francisco de Paula Tomeu y

D. Antonio Gilabert y Escarrer (médico). Piedrahita, Ibañez. Plascencia, Medrano (médico). Posadas, Prieto. Potes, Aramburu. Pozoblanco, Cabrera. Povedra, Argibay. Reinos, Camaleño. Reus, Font. Rioseco, Rodriguez. Rivadeo, Fernandez Lopez. Roa, Roldán. Sahagún, Gonzalez Posadas. Salamanca, Fuentes. San Martín de Quiroga, Cadorniga. S. Sebastian, Ordozgoitia. Sto. Domingo, Cirujeda. Segovia, Llovet. Soria, Calahorra. Sos, Carilla. Sueca, Victorino Colechia (médico). Tafalla, D. Miguel Lopez de San Roman (médico). Talavera, Martínez. Tamarite, Martínez. Tarragona, Martí. Teruel, Lagasca. Toledo, Rodriguez. Tolosa, Madariaga. Tordesillas, Bedoya. Toro, Rodriguez y Tejada. Torrox, Ariza. Tortosa, Monserrat y Blanch. Tudela, Subiran. Tuy, Martínez de la Cruz. Trujillo, Elias. Valencia, José Salles (farmacéutico) y Jose Salles (médico). Valencia de D. Juan, Puerta. Valladolid, Fernandez Zamora. Valls, D. José Antonio Gireó (médico). Vich, Fen. Villalon, Zuloaga. Villena, Carrasco. Zamora, Macho Velado. Zaragoza, Heria.

ADENAS EN LAS LIBRERIAS Y ADMINISTRACIONES DE CORREOS SIGUIENTES:

Adra, Rivas. Alcoy, Botella, Martí. Algeciras, Muro. Alicante, Carratalá. Almería, Alvarez. Aranda, Ramirez. Baeza, Tapia. Badajoz, Viuda de Carrillo. Barbastro, Lafita. Cádiz, Infante. Barcelona, Salvador Manero, Oliveres. Benavente, Fidalgo Blan-

El gobierno portugués ha sido autorizado para conceder pensiones que no escadan de 200,000 reis anuales á cada uno de los facultativos, sacerdotes ó cualesquiera otros individuos que por su caridad ó celo, se distinguieron en el tratamiento de los enfermos durante las epidemias del cólera y la fiebre amarilla en aquel reino en 1855 y 1857. ¿Y aquí?

Nuevos proyectiles.—Un médico de sanidad militar francés ha escrito á la *Gaceta de los Hospitales* que los nuevos proyectiles causan muchos más estragos que las balas redondas, y que en la campaña de Italia habrá necesidad de hacer más operaciones quirúrgicas que antes se hacían.

VACANTES.

Lo están. La plaza de *médico-cirujano* de Benamargosa, provincia de Málaga; su dotación 2,200 rs. por asistir á los casos de oficio y jornaleros pobres, satisfechos del presupuesto municipal, y además las iguales entre el vecindario, que consta de 1,060. Las solicitudes hasta el 22 de julio.

—La de *médico-cirujano* de Alejar, provincia de Huelva; su dotación 4,000 rs. satisfechos del fondo municipal y además las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 22 de julio.

—La de *médico-cirujano* de Tuy (Galicia); se proveerá con arreglo al decreto de 5 de abril de 1854. Las solicitudes hasta el 1.º de julio.—También lo está la de practicante.

—La de *cirujano* de Almonaster, provincia de Cádiz, por dimisión del que la obtenia; su dotación 1,500 rs. pagados trimestralmente del fondo municipal. Las solicitudes hasta el 30 de julio.

—La de *cirujano* de Fuenteceen, provincia de Burgos; su dotación dos cántaras y media de vino con envás, y tres celemines de alubias por vecino, y 1,400 rs. Las solicitudes hasta el 15 de julio.

—La de *farmacéutico* de Jaraiz, provincia de Cáceres; su dotación 1,500 rs. por suministrar gratis la medicina á los pobres, pagados de fondos de propios, y además las iguales. Las solicitudes hasta el 8 de julio.

—La de *farmacéutico* de Ardales, provincia de Málaga; su dotación 5 rs. diarios pagados trimestralmente de fondos municipales. Las solicitudes hasta el 14 de julio.

SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

| | Reales. |
|---|---------|
| Suma anterior. | 4,926 |
| D. F. M. de V., médico; Madrid. | 80 |
| Pablo Cayuela, id.; Usanos. | 10 |
| Antonio Casas, id.; Viguera. | 10 |
| Ramon Martinez Carrasco, id.; Caravaca. | 12 |
| Antonio Hernandez Benitez, Rasines. | 19 |
| Blas Gallego, médico-cirujano; Jadraque. | 11 |
| Eduardo Gonzalez Dominguez, Puebla de Sanabria. | 20 |
| Suma. | 5,088 |

CORRESPONDENCIA.

A un suscriptor.—San Sebastian.—Es su pensamiento muy fundado y digno de atención. Tiempo hace que nos ha ocurrido realizarle, pero ofrece algunas dificultades que procuraremos vencer.

—A D. M. D. R.—Valencia.—Si no se hubiera publicado ya en varios periódicos estaría complacido á estas fechas; pero gustamos poco de insertar escritos ya conocidos. A su tiempo sin embargo hablaremos del asunto.

—A D. A. B.—Hijar.—No se ha insertado hasta el día su comunicado de 9 de marzo, por estimar poco conveniente para Vd. mismo su inserción. Sirvase decirnos lo ocurrido después, para formar de todo un artículo que llene sus deseos y satisfaga su celo.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.
Pretil de los Consejos, 3, principal.